

"THE CLOTHES COME OFF,
THE CHAOS BEGINS."
WHAT THE NEIGHBORS ARE UP TO, BY JOHN H. RICHARDSON

Esquire

MAY 1999

CAN YOU LIVE FOREVER? Probably. **WANT TO?** See inside.
THE REVOLUTION EVENING POST 12-Page
Special Report

Rap Rap Rap:
JERMAINE DUPRI
and the Best
Life Possible

Una Margarita
Perfecta!

What I've Learned
KRIS KRISTOFFERSON:
"Never go to bed
with anyone crazier
than yourself."

The Search for
the World's
Best Restaurant
(Found It)

David Duchovny's
Death-Defying Acts

\$1.00



the **REVOLUTION**
EVENING post

eZine de episodio **7**
ESCRITURA
i r r e g u l a r

stuff :

mario bellatín	underwood portátil	2
gonzalo garcés	instrucciones para criticar a cortázar	5
orlando luis pardo	lo cubano en la pornografía	7
enrique vila-matas	parís bonsái	9
alejandro zambra	sin literatura	10
ahmel echevarría	neverland	11
rafael gumucio	el escritor y el enfermo	13
álvaro bisama	banzai / reality	14
jorge enrique lage	tv-watcher	15
hugo loetscher	la autopsia	16
	quedaron papeles	17
félix de azúa	3 posts	19
ahmel echevarría	regalo de cumpleaños	21

staff :

ahmel echevarría
jorge enrique lage
orlando luis pardo lazo

Hemos sido cordialmente invitados a
formar parte de la literatura chilena en
Cuba. Por supuesto, hemos aceptado.
No hubo ceremonia de iniciación.
Mejor así.

therevening@yahoo.com

Underwood portátil modelo 1915

Recuerdo esa imagen. La primera que me llevó a escribir el libro *Salón de belleza*. Peces atrapados en un acuario, suspendidos en un espacio artificial que poco tiene que ver con el entorno donde la pecera está colocada. En las noches siguientes despierto presa de ataques de claustrofobia. Paso varias horas seguidas, especialmente las del amanecer, pensando con terror en el riesgo que tiene cualquiera de nosotros de quedar encerrado sin posibilidad de salida.

Quizá todo comenzó cuando tenía diez años. De buenas a primeras se me ocurrió hacer un libro de perros. Estoy seguro de que el instante mismo en el que tomé esa decisión instauró la culpa por el hecho de escribir. Recuerdo, entre otras cosas, la estupefacción de mi familia, primero por plantear un ejercicio ajeno a las tareas escolares y luego por la sospecha de la aparición de un testigo constante de la esencia familiar. Cuando advirtieron que el proyecto avanzaba –conseguí una vieja máquina de escribir, cintas entintadas y algunas hojas de papel– se opusieron abiertamente a que continuara con mi idea. Era evidente que no querían tener un escritor entre los suyos. Me imagino que mi familia, bastante endeble a nivel humano pues se sentía signada por interpretaciones crueles sobre la enfermedad y la deformidad de los hijos, no iba a estar en condiciones de mantener su unidad bajo una mirada escrutadora. Para evitar mi empeño comenzaron a hacer uso de burlas solapadas que se transformaron en verdaderas sesiones de oprobio. Creo que el rechazo tuvo una importancia fundamental en la conclusión del libro. En pocas semanas quedó listo un ejemplar de historias de perros, ilustrado además de manera rudimentaria por mí mismo. Mi abuela, la única persona que sospecho se dio cuenta de la verdadera situación, preservó el ejemplar en el fondo de su ropero. Nunca lo volví a ver. Cuando ella murió, la vergüenza me impidió solicitarlo. Aun ahora, cuando quizá exista alguna remota posibilidad de que se encuentre arrumbado entre las pertenencias de la abuela, me es imposible hablar de él con los miembros de mi familia.

Soy Mario Bellatín y odio narrar, apareció publicado en un diario hace algún tiempo. El hecho de ser escritor está más allá de una decisión consciente que haya podido ser tomada en un momento determinado, continuaba la nota. No recuerdo exactamente cuándo nació la necesidad de ejercer esta actividad tan absurda, que me obliga a permanecer interminables horas frente a un teclado o delante de las letras impresas de los libros. Y eso, que para muchos podría parecer encomiable y hasta motivo de elogio, para mí no es sino una condición que no tengo más remedio que soportar.

Cierta vez se me ocurrió colocar un perro en un altar. Quise llenar una iglesia del siglo XVI con una serie de espectadores que siguieran atentos las evoluciones de un animal colocado en el lugar central de un recinto religioso. Para lograrlo emprendí un largo trabajo que me llevó cerca de tres años de preparación. Comenzó con la búsqueda del perro apropiado. No podía desperdiciar una situación semejante –la del perro en el altar– utilizando un animal que no tuviera nada que decir.

Aparte de la mujer de Lot, a quien obviamente alude el título de mi primera novela, una de las pruebas más tangibles de fuerza femenina la encontré precisamente en la esposa del personaje de uñas largas que habitaba en la aldea a la que ya me referí. A esa mujer la descubrí cuando leía el reportaje gráfico que hicieron sobre ese sujeto, que había obtenido el logro de hacer crecer sus uñas hasta cerca de cincuenta centímetros de largo. En una de las imágenes se veía a ese hombre sentado en una tarima envuelta en sábanas. Mostraba las manos extendidas, evidenciando ante la cámara el producto de su empeño. En el artículo se afirmaba que el personaje hacía tres años que no hacía absolutamente nada. Quien se encargaba de su supervivencia era la mujer, quien trabajaba de sol a sol para que su esposo alcanzara una suerte de récord mundial. En una de las fotos aparecía ella también. No de frente sino mostrando una espalda desnuda plagada de arañones. Supuse que el calamitoso estado de esa piel

tenía relación con los acercamientos propios del amor. Era evidente que acciones tales como un inocente abrazo o una delicada caricia eran capaces de ocasionar daños sumamente graves. No quise imaginar las lesiones que se producían cuando las cosas pasaban a mayores.

Siempre me ha deleitado el sonido que surge de las teclas. El olor de la tinta sobre el papel, la lucha que, de cuando en cuando, debía establecer contra la enredada cinta bicolor de la máquina Underwood portátil modelo 1915 con la que escribí mis primeros textos. En ciertas ocasiones me descubrí copiando páginas enteras del directorio telefónico o fragmentos de los libros de mis escritores preferidos. Aquel ejercicio de transcripción de textos de otros autores reaparecería tiempo después, en Cuba, donde por razones de escasez, mi máquina cumplía con una especie de servicio público. Era la única disponible a varias cuadras a la redonda. Esto hacía imposible negarse al pedido de quien necesitaba redactar alguna petición al Comité Central, los cuentos que debían ser enviados con urgencia a un concurso o la solicitud del permiso necesario para abandonar el país. Fue entonces cuando se me ocurrió cierto sistema para exorcizar mi Underwood. Igual que durante los primeros tiempos de escritura, copiaba fragmentos completos de alguno de mis autores preferidos hasta que consideraba que las teclas recobraban la neutralidad necesaria para seguir escribiendo.

Esa especie de odio a la escritura hace que no le tenga la menor confianza a quienes declaran tener como meta ser escritores. A quienes se preparan durante años para escribir de una determinada manera y, además, dicen tener claros los objetivos que pretenden alcanzar. Me parece un oficio tan vano y sacrificado que no puedo entender el sentido de esforzarse tanto para obtener tan poco. Estoy convencido además de que el uso de la voluntad como impulso inicial hace que cualquier proyecto nazca muerto. No puedo imaginarme urdiendo tramas, esbozando finales, construyendo perfiles de personajes. Hay un pudor natural que me impide hacer libros como si estuviese

m a r i o · b e l l a t í n
(f r a g m e n t o s)

consciente de que los estoy haciendo, o pensar que lo que se narra puede ser importante para alguien.

Una vez leí en el diario de las oportunidades que anunciaban la venta de pastor belga *malinois*. Llamé de inmediato. Desde la muerte de Pongo me había puesto a investigar sobre esa raza. Me había enterado, por ejemplo, de que la destreza de esos perros se debía a que el hombre casi no había intervenido en su evolución. A diferencia de otras razas, en las que el hombre había propiciado una serie de cruces perniciosos, el *malinois* mantenía intactas muchas de las características del lobo. Las pruebas acrobáticas y de trabajo que lograban realizar era imposible que fueran hechas por perros de otras razas.

Los muchos años dedicados a la escritura, teniéndola como eje de la existencia, y haber además tomado las decisiones de vida más radicales en virtud de la necesidad de escribir, podría sonar como algo contradictorio con respecto a mi idea de lo absurdo que me parece que alguien pueda siquiera llegar a pensar en practicar este ejercicio. Sin embargo creo que no lo es, pues tanto escribir como negarlo forman parte de lo mismo.

En cierta ocasión conseguí ser aceptado en una residencia para escritores. Era la oportunidad tanto tiempo esperada para poner en orden una serie de archivos que andaban sueltos en mi computadora. Decidí utilizar el tiempo no en crear nada nuevo, sino en darle forma a algunos intentos de escritura que había ensayado durante un período más o menos extenso. Al leerlos constaté que los diferentes textos estaban ubicados como círculos alrededor de determinados puntos. La enfermedad, la deformación de los cuerpos, el horror y la angustia así como el estigma de la muerte eran de alguna manera los temas principales. Me asusté. Nunca los había leído juntos ni había tenido nunca la intención de ensamblarlos. Sin embargo, al mismo tiempo advertí que una suerte de homogeneidad hacía posible que esa escritura dispersa formara parte de un todo.

Creo que todos los libros son lo mismo. Por eso, y con la intención de apaciguar esa suerte de estandarización, utilicé el recurso de apelar a una serie de tradiciones, ajenas a nuestro contexto, para darles a algunos de ellos un determinado recubrimiento. Aquello ocurrió especialmente con *El jardín de la señora Murakami*; *Shiki nagaoka: una nariz de ficción*; *La mirada del pájaro transparente*; *Bola negra* y *Jacobo el mutante*.

Una de las ideas que suelo repetir es la necesidad de crear mundos propios, universos cerrados que sólo tengan que dar cuenta a la ficción que los sustenta. ¿Será acaso esto posible? También acostumbro referirme a la necesidad de que el lenguaje se libere de la retórica que lo constituye y que muchas veces le impide nombrar las cosas tal como las cosas son.

Cuando fui a ver por primera vez al hombre inmóvil, montó exclusivamente para mí una suerte de espectáculo en el que desfilaron por turno los treinta perros de los que era dueño. Eran impresionantes, no sólo las condiciones

en las que el hombre vivía, sino el orden que había instaurado para que los treinta animales sobrevivieran en las condiciones tan precarias en las que eran mantenidos. Llamaba mucho la atención, además, la conformación familiar en la que el paráltico estaba inserto, su relación con el enfermero, que era al mismo tiempo un experto entrenador, las ideas y obsesiones que este hombre mantenía con el poder, en fin, una serie de situaciones que en forma velada traté de verter en la novela *Perros héroes*.

No quiero que mi espacio narrativo sea considerado como el universo de los deformados, los enfermos y los desdichados. Pero creo que solamente se salvan de ese imaginario los libros anteriores a cuando descubrí la impronta de los diez años de edad presente en casi todas mis ficciones.

Me parece importante constatar que en muchos de mis libros el nivel poético ha quedado hasta cierto punto de lado. Quise producir adrede textos que fueran en más de una dirección de lectura, aunque no sé porqué

pienso que lo poético tiene un carácter unidireccional. Es más, la mayoría piensa exactamente lo contrario.

El desajuste emocional que trae consigo la invitación a un congreso se ve acrecentado por la idea de la futura convivencia que se tendrá con otros escritores que serán, quiéranlo o no, nuestros censores permanentes.

El hecho de que haya muchas formas para lograr seguir escribiendo, y que exista, además, el recurso de inventar trucos y artimañas que permiten que la escritura genere nueva escritura, logra que se atenúe la angustia que produce la idea –ojalá absurda– de que llegará un momento en el cual no se podrá escribir más.

Cuando comencé a escribir estaba convencido de que un creador debía construirse ese lugar, el de su propia voz. Rápidamente constaté que aquello era casi imposible, al menos para alguien que recién comenzaba a querer componer textos. Me di cuenta de que estaba

quiero conseguir hacer cosas nuevas utilizando la menor cantidad de elementos posibles, y ¿qué mejor que recurrir como fuente al espacio de mi propia escritura.....?
el lenguaje nunca es lo suficientemente escaso. de ahí que insista en mostrar que cuento con una infinitésima parte de lenguaje o de recursos narrativos. como una suerte de técnica del no, de la negación. una técnica de la carencia, el silencio, la falta.

atrapado en una retórica o, más bien, en una serie de retóricas avaladas por la tradición, por un supuesto deber ser narrativo, pero principalmente por las ideas estúpidas que suelen acompañar el hecho literario.

Algunos lectores han creído descubrir una enfermedad particular mientras leían *Salón de belleza*. Otros han encontrado similitudes con los morideros que en la Edad Media servían como último refugio para los apestados. Algunos más han hallado una serie de metáforas o puentes entre los peces y los personajes que aparecen en la pequeña novela.

En más de una oportunidad constaté estupefacto que lo que estaba escrito reflejaba lo que detestaba estuviera escrito. El espacio artístico al que creí enfrentarme, en realidad se trataba de un lugar congelado por una serie de convenciones y de ideas que en ese momento no sabía de dónde surgían.

Nunca me he sentido ni ajeno ni parte de lo escrito. Pienso que mi tarea se trata solamente de un ejercicio de creación de espacios, que generalmente no tienen nada que ver conmigo. Desde el principio trato de mantener distancias muy grandes con respecto a los textos que esté desarrollando. Precisamente para hacerlo evidente, para que no quepa duda de mi no intromisión, muchas veces construyo elementos falsamente autobiográficos. De ese modo tengo la sensación de que el lector nunca sabe qué está leyendo exactamente.

«lo raro es ser un escritor raro»

Tras los éxitos de sus anteriores novelas Efecto invernadero y Canon perpetuo, Mario Bellatín retoma uno de los universos más personales e inimitables de nuestra narrativa, dice en la contratapa de uno de los libros.

Desde hace algún tiempo, las periódicas reuniones que se llevan a cabo en la mezquita de mi barrio versan sobre lo que podría llamarse la paz o la calma. Parece realmente increíble, y muchas veces hasta fuera de lugar, que un grupo de ciudadanos en apariencia normal se vista con túnicas, e incluso se bautice cada uno bajo el rito musulmán para que en sus vidas se presente el sosiego necesario para seguir existiendo.

Encasillar a alguien no hará sino asfixiar sus posibilidades, decía extrañamente un sacerdote de la escuela a la que asistí en mi infancia, que había aprendido a causar el mayor dolor físico posible con la menor cantidad de recursos. Le bastaba tocar en forma mínima no sé qué cartilagos para que uno aullara varios minutos seguidos. Sin embargo, repetía siempre la frase sobre el no encasillamiento.

Cuando se me ocurrió organizar un congreso de escritores quise trasladar sólo ideas. Para lograrlo organicé un evento donde no iban a estar presentes los escritores convocados sino sus dobles, es decir gente común entrenada por los mismos autores para repetir diez temas inéditos. Para la experiencia elegí a Margo Glantz, Sergio Pitol, Salvador Elizondo y José Agustín. En un comienzo pensé también en otros escritores, de diferentes generaciones, pero advertí que mientras más jóvenes eran los convocados menos entendían o eran capaces de involucrarse en un proyecto de este tipo.

Actualmente sigo una serie de preceptos musulmanes y, aunque la realidad me diga lo contrario, aparecen textos misteriosos en mi escritura. Pese a todo no soy capaz de encontrar una relación directa entre la práctica coránica y los libros que voy publicando.

Aparte de hacer mis libros dirijo una escuela para escritores. Un lugar donde sólo existe una prohibición: la de escribir. Es decir, los alumnos, tal vez deba decir los discípulos de un número grande de maestros, no pueden llevar sus propios trabajos de creación. Los alumnos deben, en lugar de cotejar sus textos, tener la mayor cantidad posible de experiencias con creadores en plena producción. El maestro propone el tema y la escuela da las reglas de juego. No se puede enseñar a escribir, puede ser la premisa de una escuela semejante. Se trata de una escuela vacía en la que no existen programas de estudios. De un lugar donde se examinan asuntos no únicamente relacionados con la literatura, sino especialmente con las maneras de estructurar narraciones con las que cuentan las otras artes.

Sólo me interesa realmente mi relación con los textos. Los lectores son una añadidura. Valiosa y necesaria. Pero la verdadera obsesión está centrada en algo que está más allá de las instancias por las que suelen pasar los libros en nuestros días, puede que diga algún imbécil con ínfulas.

Mario Bellatín
México DF · 60

Underwood
portrait
model 1915

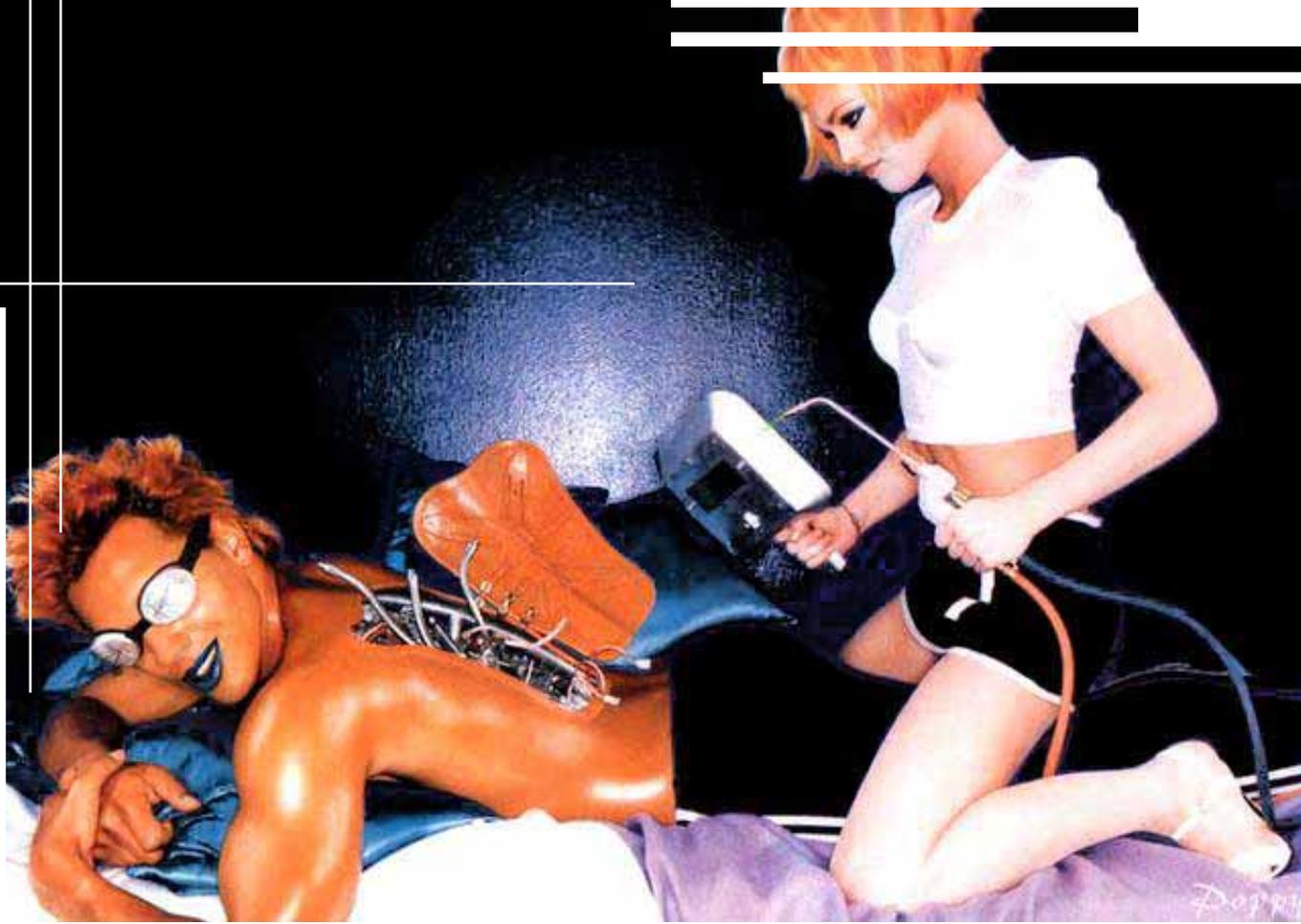
¿Por qué Cortázar es tan malo? ¿Por qué es tan bueno? ¿Por qué se le quiere tanto, como a un hermano mayor que nos enseñó trucos de magia a la edad en la que aún creíamos en la magia, o (más cerca de mi caso) como un rehén con síndrome de Estocolmo ama a su hostigador encapuchado? Quizá nunca sea un escritor más interesante que cuando se le sigue leyendo como a pesar de él. Con irritación, con malestar, pero incesantemente. Con un poco de suerte, indagar en las causas de ese malestar puede ser una forma menos pomposa, más problemática, del homenaje.

Cortázar inventó un tono. Pocos escritores actuales lo cultivan; sólo en los talleres literarios rioplatenses sigue siendo hegemónico. Podría definirse como una combinación de frialdad cerebral y sentimentalismo. Mejor dicho: es el sentimentalismo propio de una personalidad cerebral. En "El perseguidor", por ejemplo, que los cortazarianos suelen considerar central en la obra, Cortázar pone en boca de Johnny Carter ciertas ideas sobre el arte y el tiempo. Pero como se supone que Johnny es un artista inspirado, antiintelectual, prácticamente un salvaje, lo obliga a recitar esas peroratas en forma entrecortada, con abundancia de puntos suspensivos y de la interjección *eh*. (Para mostrar que es un artista le da una existencia miserable, una muerte prematura y un biógrafo innoble.) Y aunque Johnny protesta que lo suyo es la música y que las palabras son un vehículo inferior, y que le es ajeno, el zumbido de su voz se prolonga a lo largo de todo el cuento: "Sí, a veces la puerta ha empezado a abrirse... Míra las dos pajas, se han encontrado, están bailando una frente a la otra... Es bonito, eh... Ha empezado a abrirse... El tiempo... yo te he dicho, me parece, que eso del tiempo... Bruno, toda la vida he buscado en mi música que esa puerta se abriera al fin". El artista como tarado genial, la espontaneidad como balbuceo, la pobreza como inocencia: prejuicios canónicos del tilingo o pijo, y del pseudointelectual.

Releo, me inquieto. ¿Qué es lo que provoca malestar en "El perseguidor"? El olor a remordimiento, a mala conciencia. En Los caminos de la libertad Sartre detalla la admiración de Mathieu por Brunet. Brunet es comunista, Brunet es real. Sus manos son fuertes, los objetos se vuelven sólidos cuando él los toca. Sin embargo, cuando invita a Mathieu a unirse al Partido éste rehúsa: "Antes quiero tener fe." La histeria de clase de Sartre es pariente de la histeria intelectual de Cortázar. "Toda mi vida he escrito contra mí, contra lo que yo era", dijo Sartre. Todo lo que el letrado no conoce, lo que está allende la ventana, es bueno, es la vida; por desgracia también es lo que teme, lo que su ser entero rechaza, lo que no es él... Detrás de la idealización asoman la condescendencia y la autojustificación. Literariamente, el resultado es bizarro. Los personajes así engendrados son extrañas criaturas, dotadas de una expresividad rígida de máscara, que dicen lo que nunca dirían ("Esto ya lo toqué mañana, Bruno") si fueran lo que pretenden ser; desgarrados entre su condición abstracta de apología y algunos retazos de carnalidad, verdaderos monstruos, pero a quienes la crispación de sus autores, que hablan a través de la ranura que les hace las veces de boca, confiere una apariencia de vida.

instrucciones para criticar a Cortázar

gonzalo•garcés



Porque lo problemático está ahí: pese a todo, Johnny Carter vive. La Maga vive. De un modo retorcido, irritante, que hace a veces preguntarse cómo Cortázar puede ser tan escandalosamente malo, pero viven. Exasperada, la memoria los retiene. Retiene también a Roberto Arlt, que en un artículo de Cortázar viene a ser una versión porteña de Johnny. Arlt el genial, Arlt el analfabeto, el "Goya canyengue" que Cortázar ensalza, una vez más sartreanamente, "contra sí mismo" ("Arlt me rompería la cara si leyerá esto"), pero donde la condescendencia aflora más que de costumbre. Suponiendo autobiográfico el comienzo de *El juguete rabioso*, donde el narrador habla de su iniciación juvenil a la literatura bandoleresca, Cortázar se pregunta: "¿Qué leíamos Jorge Luis Borges y yo a los catorce años?" Caramba, piensa uno, qué ecuánime forma de parcelar el mundo. De un lado el pobre Roberto Godofredo; del otro, nada menos que Borges y yo...

Recuerdo otro espasmo de esnobismo cortazariano. Se habla de Picasso y de Louis Armstrong. Oliveira: "Pensar que Armstrong ha ido ahora por primera vez a Buenos Aires, no te podés imaginar los miles de cretinos convencidos de que estaban escuchando algo del otro mundo [...] ahora pagan qué sé yo cuántos mangos la platea para oír esos refritos." ¿Qué pensar de quien quisiera hacernos palidecer de envidia por no haber estado como él en el ajo, en la metrópoli? El problema es literario. El exotismo (hay exotismos geográficos, intelectuales, generacionales, todos estilización del esnobismo) es una opción riesgosa. Un libro siempre resiste al tiempo que invita, tiende la mano de lo familiar al tiempo que nos ignora en lo extraño. Pero el exotismo exaspera esa tensión hasta el límite: lo extraño se convierte en un valor en sí, es la promesa misma. Mirame, miranos, somos los iniciados, los que estuvieron donde nadie estuvo: hablar así y después decepcionar (como a tantos les ocurre con *Rayuela*) es exponerse al escarnio.

A propósito: es imposible exagerar la importancia del *Cuarteto de Alejandría* de Lawrence Durrell como antecedente de *Rayuela*. Un grupo de exiliados especulan sin fin en una ciudad que vagamente perciben como espacio iniciático. Dicen cosas como: "El animal humano será sacado de la jaula, y se limpiará su sucia paja cultural y sus restos coprolíticos de creencias" (Durrell); "El hombre de que se habla no acepta esas pseudo realizaciones, la gran máscara podrida de Occidente" (Cortázar). Ignoran las preocupaciones monetarias. La meta de la vida es el autoconocimiento; la del mundo, brindarles experiencias que lo propicien. También la idea de un relato aumentado o corregido por capítulos alternativos es de Durrell, así como la novedad de un exotismo intelectual superpuesto al geográfico. Auténtico y soslayado ancestro del boom, El *Cuarteto de Alejandría* (como *Rayuela*) conoció un éxito desmesurado para caer prontamente en un purgatorio del que no ha salido. Sus lectores más fieles fueron, siguen siendo, los adolescentes.

¿Qué se puede decir hoy de *Rayuela*? Se ha criticado su romanticismo, su pretendida misoginia o los discursos de Morelli. Personalmente lo que me asombra es la docilidad con la que se leyó ese libro según las instrucciones de su propio

autor. Morelli habla de renovación del lenguaje y nosotros hacemos de *Rayuela* una especie de Libertad sobre las barricadas sacando a la ficción hispanoamericana del marasmo en el que vegetaba. ¿Pero de qué renovación se trata? ¿El gliglico? ¿Escribir Hamor con hache? Lo mejor del estilo de Cortázar es más sutil y no necesariamente reclama el epíteto de revolucionario. Hay que entenderse: escribir "El espejo inquietaba el fondo de un corredor en una quinta de la calle Gaona" es renovar durablemente la prosa en castellano; "Te retilla la murta", aunque me ría al escribirlo, lo es un poco menos. En cuanto a la libertad, es difícil encontrar un libro que haga tan rabiosos esfuerzos por imponer una lectura como *Rayuela*. ¿Obra abierta? ¿Lector activo? En realidad toda obra es abierta, todo verdadero lector ha sido siempre activo. Y sin instrucciones de ningún tipo siempre ha habido quienes lean en el orden que les da la gana. Cortázar empieza por asestarnos un tablero de dirección y en adelante las palabras "búsqueda" y "libertad" no dejan de machacar hasta asegurarse de que hemos interpretado la novela correctamente. No hay totalitarismo que no tenga la liberación por divisa.

¿Y qué anda mal en un libro que clama contra las convenciones, pero donde lo convencional se encuentra a cada paso? No hablo sólo de la relación entre Oliveira y La Maga (desde el alba de los tiempos los intelectuales han adorado poner en escena a un hombre culto, cínico y atormentado junto a una mujer ignorante e inocente y fingir que el primero la envidia). En *Rayuela* los artistas ignoran el tiempo y la codicia; los pequeño-burgueses de Buenos Aires dicen "Basta la salud y un pasar"; los ancianos parisinos son xenófobos. Como en las publicidades de perfume, la muchacha se arroja sobre su amante y lo despeina riendo, actitud que escandaliza a los famosamente escandalizables pasantes parisinos. Los clochards saben latín y discuten a Averroes. Hasta Berthe Trépat es la enésima encarnación de la proverbial solterona chiflada. Es el mundo de Jacques Prévert, de las canciones de Brassens, el alegre libertarismo folklórico de los años cincuenta, con acento argentino. Y al gusto argentino. En un sentido *Rayuela* parece la fantasía de un adolescente porteño que sueña con hallar la verdadera vida a la sombra de Notre-Dame. ¿Dónde está la decepción, la experiencia que desmienta la tarjeta postal? ¿De qué sirven, entonces, las interminables elucubraciones del Club de la Serpiente en busca de una realidad pura, rescatada de la cultura corruptora? Oliveira entiende el lenguaje como algo dado, como una estructura, y le reprocha su incapacidad para dar cuenta de la "realidad". Pero el lenguaje literario no es una estructura dada. Y la realidad tampoco. En el momento de la escritura entran en tensión lo banal y lo extraño, lo general y lo singular; de esa tensión surge, cada vez, la realidad. Cortázar presentando un mundo como el de *Rayuela* y quejándose del lenguaje hace pensar en esos adolescentes vírgenes que dicen torciendo la boca: "¿Las mujeres? Todas iguales, che, todas iguales."

Por supuesto, hay otro Cortázar. Qué diferencia, salir de *Rayuela* para entrar en "Casa tomada", en "Axolótl", en "La autopista del sur". Es como si en esos cuentos, marcados por

la observación minuciosa de lo inmóvil, la voz de Cortázar sonara en su verdadero registro. Pero tal vez sea *Historias de cronopios y famas*, como libro, lo mejor de Cortázar. Al sacar el juego del plano vital o existencial y colocarlo en el orbe de las palabras, Cortázar parece por fin jugar realmente. Esa irrealdad de leones parlantes, de pelos perdidos y de osos que viajan por las tuberías tiene el acento de la verdad. Criticar es más fácil que hablar de lo genial; ante el misterio de esas piezas perfectas, que parecen intemporales y escritas por cualquiera o por nadie, me quedo, nos quedamos, mudos.

Vuelvo al principio. Anoto estos reproches con la perplejidad de quien detesta y no puede dejar un libro. Relatar una lectura, supongo, es también postular una historia y tal vez un personaje. Entre el Cortázar intocable y el Cortázar fechado y enterrado de sus detractores puedo imaginar a un personaje dual, capaz de traicionarse a sí mismo, con ribetes trágicos. Un gran escritor que perversamente elige escribir apoyado en sus peores rasgos –el esnobismo, la condescendencia, la mala fe– y a quien esa acción trae fama, prestigio y, con el tiempo, un descrédito tal vez inmerecido.

**¿Por qué Cortázar es tan malo?
¿Por qué se le quiere tanto?**

¿Qué se puede decir hoy de *Rayuela*?

Gonzalo Garcés
Buenos Aires 74

locubano en la pornografía orlando luis pardo lazo locubano en la pornografía

ARCARDISMO

En un hospital de Las Tunas botaron a un cirujano que se singó un corazón. Me lo dijo Guillermo Vidal. En una Feria del Libro. Poco antes de venir a morir a La Habana.

Me lo contó de manera inolvidable. Entre chismes sexuales sobre escritoras cubanas y chistes sexuales sobre funcionarios de la cultura local. (Todo apócrifo, por supuesto.) Me lo contó con su oralidad única de iluminado en provincia, **arcadismo** oriental. Haciendo gala de un estilo muy superior a su prosita mitad vulgar y mitad infantil, fusilada de Reinaldo Arenas en gran parte. Me lo contó con sus pupilas dilatadas de orate o de perverso reconvertido durante sus mil y una noches de nefanda carne versus espíritu santo. Me lo contó súperexcitado, Guillermo. Como yo mismo lo estaba, Orlando Luis.

Porque pasó entonces y me pasa ahora otra vez. De hecho, me basta con recordar los detalles narrados por el escritor secretamente ya enfermo. No sé. Habría que averiguar por qué mi estado de excitación ante aquella frase. O imagen. *Singarse un corazón*. Casi el título de un bolero soez. O de una necroantología de grandes éxitos expulsados del género. En fin, el mal.

Lo cierto es que todavía se me para. La pinga, se sobreentiende. Lo cierto es que no puedo parar de hacerlo. Contar lo que él me contó en La Habana, en una Feria del Libro (fuera o no apócrifo su relato). Y lo cierto es que ésta es la mejor lectura que ningún cubano hará nunca de la secretamente ya enferma literatura de Guillermo Vidal.

INREVOLUCIONARIDEZ

Extraño el cuerpo. Extraño la geografía política de su representación.

Y es lógico. Porque vivo en Cuba (en la barrida barrida de Lawton). Ojalá no tenga que repetirlo debajo. Y aquí he consumido 36 años del casi medio siglo de Revolución. Un proceso más somático que social. Una intromisión pública en lo biológico. La plaza invadiendo la alcoba, maquetica macabra que hace añicos cualquier conato de **ingravidez**. Lo solemne como razón de estado que sueña y aborta monstruos. El tullido tul ideológico

tapiñando hasta las últimas tiritas de desnudez. Menuda mentaltaxis. Cáncer a la Cubarta. Para colmo pasada por la poesía. Por ejemplo:

Cuba como corcel (JJ Martí), Cuba como cárcel (Casal, el otro Julián). Cuba como corito (Guillén) y Cuba como calzada (Eliseo). Cuba como culto (Cintio) y Cuba como cursilería (Buesa). Cuba como cartuchera (Hernández Novás), Cuba como caída (Escobar), Cuba como corazón (Collazo), Cuba como crimen (Juan Carlos Flores), Cuba como caso clínico (Marqués de Armas), Cuba como capital (CA Aguilera), Cuba como complot (Jorge Alberto Aguiar Díaz, JAAD). Cuba como cubismo (Kozér). Cuba como cuerpo (Piñera), Cuba como corpiño (Lezama), Cuba como cadáver (Rosales). Y así (era sólo un ejemplo).

En fin, que extraño el cuerpo. Extraño una pornografía biográfica que apuntale y sedimente mi precario estado de cubanidez.

Y no es lógico. Porque vivo en Cuba (en la barrida barrida de Lawton). Supongo que ya he dicho arriba esta frase. O imagen. Me da igual. Y aquí he consumido el casi medio siglo de mis 36 años de Revolución.

INTEVESECENCIA

Prendo la tevé. Hay una novela cubana. Sida, sexo y revolución. Por primera vez los veo asociados en una narración Made In Cuba. *Ya estamos en el Post-Algo*, pienso. Y apago el televisor (un Elektpon-216 soviético, en blanco y negro).

En el folder C:\Orlando\Fotoporn\UCI repaso lo que han hecho con sus cuerpos de becarías unas chicas de la universidad. Son fotos con flash, jpg´s de muy baja resolución (para que circulen mejor por el correo electrónico punto cu). Son pésimas, pero las juzgo de excelentes y propedéuticas: un síntoma magistral del statu-quo de los años cero que aún están por venir. Por primera vez ahí pasan cosas en cámara. Una se afeita el bollo, la espuma como semen kitsch. Otra usa los dedos para abrirse clínicamente su maraña carnosa, en acaso una autorreferencia al formato digital. Una tercera ya sabe mirar como en primera plana del magazín The Revolution Sexening Post: *esos ojitos*

coagulados de morbo leen nuestro futuro mejor que un ejército ofuscado, un parlamento de atrezzo y un partido inercial, pienso. Por lo demás, en mi carpeta casi no hay pingas, como era de esperar. Una pingona cubana sigue siendo un tabú y sólo un demonio como Javier Marimón se precia de meter in extenso en su poesía a la palabra "pingonaaaaa" (La Gaceta de Cuba 1/2007, p.15). Así que asumo que fue el machito quien disparó la camarita amateur, con la mano libre masturbándose lento tras la lente. Yo también soy fotógrafo, sé de que va la cosa en casos así.

Prendo la tevé. Hay un programa infantil con medias largas, sayita corta y sombrillamarilla. La oreja pendejuda de Lewis Carroll se asoma tras el vestuario, los gestos cool y la chic-fotografía. *¿De qué sirve una televisión sin imágenes?*, pienso esta frase con toda la **intrascendencia** con que acaso Alicia pensó. Y apago el televisor (un Elektpon-216 soviético, en blanco y negro).

LECHANÍA

Recuerdo erecciones desde preescolar.

Eran súbitos estados de peligro donde, en lugar de reaccionar con violencia, me sumía en un sopor distante, contrayendo los músculos hasta el pánico y el dolor. Se me sudaba la frente y algo amenazaba con botarse afuera desde la nuca, bajando por mi columna vertebral de escuelita primaria hasta quedar coagulado contra un botón. De la portañuela, se sobreentiende. Sin demora, pero sin derrame. Más que placer puro y precoz, se trataba de un síntoma de no participación. Una **lejanía** galáctica, pero aún no láctea. Esta es la historia privada de una de las mil y una escuelitas primarias rebautizadas en Cuba tras el asesinato de Nguyen Van Troi.

Por supuesto, hoy ya nunca experimento ese magnífico estado de concupiscente contención. Ni siquiera sé bien cómo se habrá capitalizado en definitiva la reunificación de aquel heroico Viet Nam. La adultez me ha condenado a una pluriorgasmia tan fascinante como frustrante. Sufro de una biogeografía en fase hipoterminal.

Por cierto, aquella vez Guillermo Vidal me dio como propina uno de sus tantos consejos



de fornipredicador: *Tú no malgastes tu semen dentro de ningún corazón.*

CHERIÑO

No uno, sino mil y un vietnams.

Polvo del Ché, Eau de Guevara, cuerpo sin manos. Su firma devaluada en billetes icónicos ahora invaluable. El **carriño** claro y entrañable de una presencia mitad en el pueblo y mitad en una tonadilla de Puebla.

A mi padre no le gustaron los dos o tres encuentros que sostuvo cara a cara con el Ché. Fue en los 60 's, en los años bobos (6060 's). El cuerpo hiperkinético del comandante extranjero intimidaba a mi padre tras su hipokafkiano buró en la fábrica de muñecas Lili (o mejor Liliith).

En el preuniversitario tuve una novia preciosa que me confesó que tenía sueños eróticos con el Ché. No pretendo ser creído en este punto, pero su nombre era Lilieth y quería irse de Cuba para ser una estrella porno de la tevé (entonces no sabíamos pronunciar "estrella porno", pero valga el anacronismo). Al final creo que es una de las locutoras del noticiero estelar.

En El Vedado, municipio Plaza de la Revolución, fotografié en su cuarto a una modelito amateur que ostentaba un óleo horrendo del Ché. El artista también era argentino, por suerte. Y en una escena campestre o, tal vez peor, guerrillera, había pintado al Ché aún con manos y masturbándose tendido junto a una muchacha vestida sólo con un pasamontañas. Lo que me remitió automáticamente al corto *Lila* del film cubano *Tres Veces Dos* (aliteración de la L: Lili-Liliith-Lilieth-Lila). En narrativa nacional, una fantasía así espera ahora por Jorge Ángel Pérez para ser escrita, siendo ya tan famoso su texto ero/herético sobre JJ Martí.

Pienso en el gavetero fúnebre de Santa Clara. Debe ser terrible no disponer de un cuerpo para fornicar o hacer la revolución (la diferencia es una sutileza de estilo), aunque no sepamos localizar bien en el mapa a aquel heroico Viet Nam.

No una, sino mil y una cubas.

DÍAZPEGO

Ser el público de El Público es siempre un acto de cobarde rebeldía o, por lo menos, de muda insubordinación.

Un amigo llama a su director el Subcarlosmandante Díaz. Y dice más. Dice que

sólo desde el cineteatro Trianón (Línea y Paseo, El Vedado, La Habana, Cuba, América) será posible darle el tiro de gracia a la vieja, y fundar otra post-revolución, menos pacata y sanitaria en lo que a cuerpos y perversión se refiera.

Yo no sé por qué narro esto aquí (brecha brechtiana en días de **despego** como preludio a la despingazón). Debiera también reproducir su nombre, supongo (el de mi amigo, se sobreentiende). Pero es sólo un chiste. No temas. Un golpe de teatro tal vez. No teman.

FRÍO

El piloto yanqui de bombarderos B-26 Thomas Willard Ray estuvo 18 años congelado en una morgue cubana. Los respectivos estados en guerra clamaron y negaron durante 18 años de paz la identidad corpórea de su desnudo.

Fue lo mejor que le pudo pasar en 18 años (a Thomas Willard Ray, se sobreentiende). Ser un cadáver sin padres (sólo el **frío** lo calcinó): persistir al margen de la verdad, la belleza, la libertad y el amor (más acá del bien y del mal). Ser el nómada sésil de un teatro sin seso donde ni dios ni la muerte de dios pronunciaron nunca ningún bocadillo, tan habituados a jugar su rol de extras en la historia universal (clio frígida y clitoriana).

Acaso sólo desde esa horizontalidad tan polar como política nos sea dable ahora escribir. Me pregunto qué sería de la cliteratura cubana del siglo XXI sin los 18 años en stop-motion de Thomas Willard Ray.

VAGINO

He amado mujeres, he amado amigos. He amado sus cuerpos en cueros como si yo fuera el testigo a sueldo de dios.

He amado libros contrarrevolucionarios y revistas vaginales que me contaron cosas al oído justo allí donde el estado cubano calló (por algún hueco político en su repertorio, el diccionario de Microsoft Word 8 subraya este último verbo de rojo y me propone sustituirlo por "cayó": yo cliqueo por supuesto *Omitir Una Vez*).

He amado el **vacío** de órganos dentro de esos cuerpos. Su condición de guata de lujo, al decir apócrifo de Guattari y Deleuze.

He metido mis dedos en la materia, a la par que me los he dejado meter. De milagro no hay fotos digitales que documenten

semejante desastre. De milagro no he descuartizado el trapo cárnico de nadie retorciéndome debajo o encima de mí. De milagro todavía no me convierto en un criminal: Natural Killer virgen.

He amado y armado la textura invaginada de cada frase y de cada imagen que se derrama hacia afuera de mí. Soy el autor de esta otra intentona de capítulo 8, acaso no tan pornodisiaco como el de Lezama pero por eso mismo más peligroso en términos de maquineta-de-guerra-inferinsular.

Penetro, perpetro. Soy perpetuo y efímero como una protuberancia solar (tengo todo un sistema en cierne sobre las *horas imaginarias* y el *sememonia*). Muto, aún no mato (ya lo he escrito arriba). Soy el linfocito NK de un feto al que la institución literaria democráticamente le permitirá abortar.

MAMARIA

La amnesia entra desde la leche. Materna, se sobreentiende. Con el gluglú de nuestro cubalostro se cuele también la patria o sus restos pétreos (no necesariamente pútreos). En esas lactomoléculas blancas ya viene pasteurizada nuestra traición a la tradición. Leche patriurizada.

Sin embargo, aún recuerdo cosas. Recuerdo cuerpos. La **memoria** mamaria es mi último coto de conservación. En él sobrevivo. En él creo. Desde él creo con imágenes y voy picoteando frases. O acaso al revés. Voy creando con frases que sobrelapo luego en imágenes. Ya he escrito que me da igual.

Recuerdo, por ejemplo, la mirada vidriosa de mi padre, expiando una metástasis misericordiosa (pues nunca tuvo dolor) mientras escuchaba Radio Martí. Su corpachón de 81 años tan gordo, tan blanco, tan padre mío que estás en coma en la cama para que yo te vea morir.

Recuerdo también las manotas roñosas de mi única abuela. Y el día en que la sorprendí duchándose desnuda. Su pubis lampiño pero borrado, como en una escena de Philip K. Dick (en *Sivainvi*, creo), bajo una piel perfecta de androide adolescente que murió sin envejecer.

Recuerdo la fonía albañal de la palabra "erotismo" en la letra muerta del más vivo de los Vitier, cuando se la endilga al corpus de la poesía cubana, con ínfulas mitad de psicopedagogo y mitad de sacerdote cínicoliberal.

Recuerdo que yo he soñado, en mis lawtógubres noches, con el rigor mutis de un cuerpo ajado pero nunca afeitado, borboteando sangre más que barboteando discursos, tendido sobre una camilla importada del primer mundo, ante el pánico cómplice de enfermeras y escoltas que nada nunca sabrán narrar. (Mi amigo, el del chiste anónimo, piensa que yo pienso que todo lo debo narrar sólo yo.)

Recuerdo el rostro pinchado de metales innobles de un lisiadito de la calle Obispo (San Sebastián seropositivo de la agujoterapia, Mulder sin molde a quien copiar), su ausencia de pierna y su exceso de tedio expuestos a la promiscuidad fláshica de las televisoras y los turistas. Un dead man posing en 2-D, pero pornográficamente ya inmortal.

Recuerdo el cuerpo sin cuerpo de una novia cuyo nombre tampoco mencionaré, que fue como una estrella pulsar, refulgiendo de placer y pena en las madrugadas sin patria y, al despertarnos después, opaca de remate bajo los mediodías inciviles de un gavetero obrero llamado Alamar (La Habana del Este, Cuba, América).

Y recuerdo, por supuesto, el cuerpo asexual y jurídico de mi madre, sentada como dios manda de cara a la tevé nacional, persuadida de que, al menos de este lado del vidrio curvo y en blanco y negro, entre nuestros cuerpos domésticos nunca ha existido el horror.

Error.

ORLAMENTO

Espero que esto no lo parezca.

Ni un lamentomenaje por Guillermo Vidal (todavía no sé qué hace su nombre aquí). Ni una pornoescritura de Orlando Luis (¿por qué escribo tan bien, por qué soy una calamidad?).

Ha sido sólo una coda, un post-algo, un pre-pus. Pura ceremonia de **ornamento** para lograr un tono trunco o quizás una atmósfera menos feérica entre tanta feria del libro y tanta paleotelevisión.

Por lo Demás, mi amigo anónimo y mi novia preciosa no son meros productos de la imaginación de su autor.

P.D.: Ni tú.

Porfirio, qué gran nombre. El señor padre de Porfirio Rubirosa aficionó a su hijo a las mujeres cuando éste aún era muy niño. Y el niño salió preguntón:

—¿Qué debo hacer para enamorar a una dama, padre?

También le aficionó a los caballos y al boxeo, a galopar y a tener pegada. Porfirio Rubirosa sería, con el tiempo, la imagen más paradigmática del playboy internacional. Para algunos, el último gran playboy de la historia. Pasó de ser un simple macarra de una generación precaria de jóvenes dominicanos a ser un castigador en Nueva York y a codearse con el clan de los Trujillo, y más tarde con el de los Kennedy, y a casarse con Barbara Hutton, la mujer más acaudalada del mundo. Se mató a gran velocidad al estrellarse su Ferrari contra un árbol del Bois de Boulogne de París. ¿Un homenaje a James Dean y Albert Camus al mismo tiempo?

No estoy ahora viajando a París exactamente para ver ese árbol en el que se mató Porfirio, pero llevo aquí en el avión la brillante biografía sobre él que acaba de publicar Jaime Royo-Villanova. La leo mientras vuelo hacia París y hacia lo que algunos llaman “el marzo francés”.

Truman Capote definiría años más tarde la verga de Porfirio Rubirosa con estos sencillos términos: “Macana café con leche de 11 pulgadas, tan gruesa como una muñeca de hombre”. También el libro *El último playboy*, de Royo-Villanova, parece tener 11 pulgadas. En su caso, 11 pulgadas de genio. A la vuelta de París, lo recomendaré (a según quién).

Llevo tres días aquí y aún no he visto un solo manifestante, ningún joven airado de la llamada “generación precaria”. Sé que hay grandes algaradas, heridos y violencia, una gran movilización callejera en este marzo francés. Pero para desplazarme durante el día utilizo el metro, voy por un París subterráneo y así no me cruzo con ninguna batalla campal. He visto por ahora muchos policías, pero ningún joven airado y precario. Estoy experimentando con éxito una sensación extraña. Tomo todas las mañanas el sol en la terraza del café de Flore. Desayuno con deliberada felicidad mientras a unos metros de allí, desde el boulevard Raspail, se oyen los gritos y los fragores de una batalla que intuyo muy bestia. En las guerras siempre es así: unos mueren en combate mientras que otros, a 100 metros tan sólo del estruendo, hunden tostadas con mantequilla en sus humeantes cafés.

No hay en los últimos años un solo viaje a París en el que, tarde o temprano, no haya visto al sempiterno clochard que está apostado a la puerta de la librería La Hune, en el boulevard Saint-Germain. Me atrae irremediamente ese personaje educado, interesante intelectual. No hay persona que salude más en París que este clochard, que hoy me ha hecho recordar a otros dos mendigos, también de estirpe intelectual. Uno es aquel del que hablaba a menudo Roberto Bolaño: un mendigo de Santiago de Chile que, en una esquina de la calle (hoy avenida) Ahumada, se declaraba nieto de León Tolstói y pedía limosna diciendo: “Miren dónde me ha dejado la Revolución rusa”. El otro es aquel mendigo de Madrid que Unamuno veía siempre a la puerta de una iglesia y al que un día le preguntó por qué usaba siempre la misma queja salmodiada. “Por supuesto”, replicó el viejo mendigo, “hay otras escuelas; quizá usted prefiera a los naturalistas”.

Numerosos preparativos para el centenario del nacimiento de Samuel Beckett, aquel escritor que cuando en la encuesta de un periódico le preguntaron por qué escribía dio la respuesta más breve, más bonái de los 100 interrogados; una frase sin recurrir al verbo y con sólo tres sílabas: “Bon qu'a ça” (“No sé hacer otra cosa”).

Maldita la gracia que le harían a Beckett todos esos homenajes. Intuyo que acabarán convirtiéndose en algo que ya muy bien definiera el propio Beckett: “Polvo de verbo”.

enrique vila-matàs

parís bonsái

Paseo melancólico por la rue de la Croix Nivert, donde en una esquina me encuentro con la tienda de pequeños arbustos París Bonsái. Es un comercio tan curioso como elegante. Lo observo largo rato, y luego sigo mi camino por la calle silenciosa. La revolución debe de estar en otra parte. Me acuerdo de *Bonsái*, el sutil libro del chileno Alejandro Zambra, donde se nos dice que es mejor encerrarnos en nosotros que ver cómo crece un bonsái. Me pregunto si París en este viaje no se me está volviendo bonsái.

En la estación de metro de Sèvres-Babylone hay un gran anuncio en el que dos amas de casa hablan entre ellas. “Es un secreto a voces, el peor guardado de la Rive Gauche”, dice la publicidad en referencia a los precios rebajados del supermercado Le Grand Marché. “En mayo, revolución”, dice una inscripción que, a modo de verdadero secreto a voces, alguien ha insertado entre las dos mujeres. ¿Tendrá la casta necesaria esa generación precaria para hacer la Revolución?

Estreno mi primer teléfono móvil. Ya era hora de que tuviera uno. Llamo a Sophie Calle. Tras una pausa, ella me dice: “Hoy ha muerto mi madre”. Silencio. Luego, me da algunos datos. Antes de expirar, pidió a un amigo que le hablara de Spinoza. La novela Ravel de Jean Echenoz fue el último libro que leyó. Lo último que ella dijo fue: “Cuidado”. Pasado mañana la entierran en Montparnasse, y después habrá una gran fiesta en su casa. *Ya empezaba a aburrirme*, dirá el epitafio de su tumba.

Paseando hacia Montparnasse, veo a un tipo casi idéntico a Monsieur Hulot. La gabardina (que no la pipa) le queda artificial, pues hoy es el primer día de la primavera. Confirmando que también va al cementerio. Sigo sin haber visto a un solo revolucionario. Es como si todo fuera muy precario y lo que es noticia en la televisión tuviera lugar más allá de mi vida.

Sin literatura

“Mi juego es claro: digo lo que tengo que decir, sin literatura”, escribe Clarice Lispector en *La relación de la cosa*, un cuento bello y muy extraño destinado a investigar el “infernical alma tranquila” de un reloj despertador. Con los años la frase ha sido ligeramente mutilada para caber en las contratapas de sus libros, a manera de emblema o de poética: “Digo lo que tengo que decir, sin literatura”.

De una u otra manera la obra de Clarice Lispector siempre se vale de un resquicio antiliterario: la autora se resiste a que sus libros sean algo, más bien desea que sean nada o, al menos, otra cosa; quiere que sus cuentos no sean cuentos, que sus novelas no sean novelas –y no me refiero a un forzado experimentalismo o a esos lugares comunes que con insólita paciencia pasan y repasan en los talleres literarios–: Lispector no busca sorprender al lector, o cautivarlo, sino sorprenderse ella misma, hacerse cautiva de una historia que podría abandonar pero sigue escribiendo para saber cómo es, cuánto falta, cuándo empezó. “Rarísimos poemas están permitidos. De novela, ni hablar”, dice de pronto, a pito de nada, y el cuento sobre un reloj finaliza bruscamente, como si se le hubiera acabado la cuerda: “Ahora voy a terminar este relato de misterio. Ocurre que estoy muy cansada”. Mientras ella descansa los lectores ya estamos en el cuento siguiente o regresamos al anterior, pues así se lee a Clarice Lispector: de corrido, deteniéndose y acelerando, de nuevo, una vez más.

Tampoco la crónica le parecía a Lispector terreno liso. Su obra no literaria se confunde persistentemente con su obra literaria (no es difícil imaginar a la autora rebelándose o bostezando ante estas distinciones). Apremiada por la necesidad de dinero, Clarice aceptó, en 1967, una columna semanal en el *Jornal do Brasil*, que duró hasta que, en 1973, recibió el inesperado sobre azul. Hace un par de años Adriana Hidalgo Editora publicó *Revelación de un mundo*, la primera edición en español de esas prosas afiladas e introspectivas, aunque tal vez sea mejor renunciar, desde ya, a calificarlas o a describirlas con precisión. Por lo demás, Lispector no buscaba encaminar a los lectores sino más bien dejarlos –dejarlos– en pausa: “Vamos a decir la verdad: esto de aquí no es para nada una crónica. Esto tan sólo es. No entra en un género. Los géneros ya no me interesan. Lo que me interesa es el misterio”.

Misterio no era, para la autora, sinónimo de oscuridad o de vaguedad o de simple coquetería. Por el contrario, al misterio se llega siguiendo el deseo de exactitud. Clarice Lispector mantiene la mirada los minutos o las horas que sean necesarios, aunque le ardan los ojos. Casi siempre gana y si pierde acepta que ha perdido y escribe sobre el ardor en los ojos: “Vivo de casualidades, vivo de líneas que inciden una en la otra y se cruzan y en el cruce forman un leve e instantáneo punto”.

Todo sirve, todo vale en las crónicas de Clarice Lispector: evocaciones del agradable tiempo perdido separando gotas de mercurio, diálogos tensos o amables con los taxistas, indignaciones políticas y estéticas, teorías sobre la forma de un huevo o sobre la experiencia de pedir socorro, complicidades con Chico Buarque y Tom Jobim, esmerados retratos de sus empleadas domésticas, evocaciones de viajes en barco, en tren, en avión, confesiones temerarias o candorosas, o esta admirable descripción nada menos que del olor de la vida: “Es una mezcla de carne, de cuerpo con gasolina, con viento de mar, con sudor de axilas”. Los raptos de amor y de odio obedecen a la extrema y reflexiva libertad de una voz sola,

que de vez en cuando se vuelve sobre sí misma para incrustar pensamientos en voz alta: “Estoy escribiendo con mucha facilidad, y con mucha fluidez. Hay que desconfiar de eso”. A veces se levanta a atender el teléfono y al retomar la escritura nos cuenta quién era, qué quería. Y si le sobra espacio pone punto aparte y, como si nada, cambia de tema. El 27 de enero de 1968, por ejemplo, Clarice aprovecha las últimas líneas de su columna para insertar un aleccionador mensaje al corrector de pruebas: “No me corrija. La puntuación es la respiración de la frase, y mi frase respira así. Y si a usted le parezco rara, respéteme también. Incluso yo me vi obligada a respetarme”.

No hay lugares prohibidos para Clarice Lispector. A lo sumo hay lugares donde no desea ir, tal vez para evitar la lista de preguntas frecuentes e improvisar, en cambio, la pasión definitiva de escribir. *Revelación de un mundo* como un cierto modo desmiente la imagen de Lispector como una autora reacia, ajena a los avatares del mundo. Más bien parece cálida y compasiva, lo que importaría poco, desde luego, si no fuera por su escritura vibrante, su estilo inimitable, su compromiso con el lenguaje, su desdén por toda reducción: le desagrada que la califiquen de “intelectual” o que la comparen con Virginia Woolf, pues en estas operaciones sólo ve facilismos académicos, que poco o nada aportan a la lectura de su obra.

“Cuando no estoy escribiendo yo simplemente no sé cómo se escribe”, dice Lispector, que insiste, con lucidez, en la necesidad de prescindir de las recetas: “No saber escribir tal vez sea exactamente lo que me salvará de la literatura”. Cada mañana, antes de agregar narradores o emprender cansadas composiciones de lugar, habría que recordar estas frases honestas, y esa otra, decisiva, que vale más que un millón de trucos. Otra vez: “Digo lo que tengo que decir, sin literatura”.

Alejandro Zambra
Santiago de Chile · 75

Zambra



Pensar un territorio habitado sólo por niños no es un ejercicio para nada difícil. Basta cerrar los ojos para que a nuestra memoria llegue, con la celeridad de un disparo, el Pinocho de Disney –mucho antes que el propio texto del periodista italiano Carlo Lorenzini o Carlo Collodi (1826-1890)– o la versión cinematográfica de la novela *El Señor de las Moscas*, escrita por el Premio Nobel inglés William Holding (1911-1993). Tras nuestros párpados se develará el país de Nuncajamás o la isla desierta a donde llegó un grupo de escolares luego de sufrir un accidente de aviación. Ambos pedazos de tierra, puros territorios de ficción, son habitados únicamente por niños y en ellos hacen y deshacen a su antojo. ¿Qué elemento hay común en ambas historias? Sin pensarlo dos veces me atrevo a decir que es el juego.

Nada reporta tanto placer a un niño que entregarse en cuerpo y alma a un juego. Serán héroes o villanos, intentarán con el rol de padres, querrán demostrar ciertas destrezas y arrojo respecto a otros niños. En fin, divertirse, hacerlo despreocupadamente, porque eso es lo que verdaderamente

La niñez no es solo el espacio donde tan bien se estuvo. Eso lo sabe el adulto. A esa edad tan temprana también padeció el dolor, la afrenta, la burla, el infierno y tuvo que ingeniárselas para resistir el embate del macho alfa, inventarse escaramuzas, hacerse del más útil ardid para no salir tan mal parado y al final hacer cuanto se proponía.

Pero están los que se resisten a abandonar ese territorio mítico que es Neverland. Pasan los años y seguirán no llevando un niño dentro, sino siendo ellos mismos eternamente niños –y no me refiero a aquella tesis de que el ser más político es el infante toda vez que está siempre generando deseos y vive intensamente al margen de las rígidas normas y leyes que impone la sociedad. Son niños barbados, impúberes con bigotes o sin ellos que rondan los 25, los 30, incluso hay quienes siguen siendo niños pasados los 50. Niñas con senos y caderas bien formadas, chicos que fuman, beben y fornican, que a la par trabajan, ganan un salario y además desean hacerlo despreocupadamente, como en un eterno juego, sin pensar nunca que habrá otro chiquillo

más que grises se las vieron negras. Rodaron cabezas. Algunas fueron a parar allende los mares, otras en oscuras bibliotecas o calenturientas fábricas –no está de más imaginar otro terrible y oscuro rincón a donde pudieron haber sido confinadas las víctimas– y todo gracias a una serie de parámetros que se debían cumplir para devenir en nuevo y útil engranaje de la flamante maquinaria política y social que movería a todo el país hacia el paraíso soñado –¿vale aclarar cuál es ese paraíso?, porque todos sabemos que el motor del carro de la Revolución no ha disminuido sus r.p.m. para llegar al mítico destino soñado antes de 1959. Y tantas cabezas rodaron por el suelo que hubo de todo en la viña del señor –miedo, odio, infinitas ganas de que en algún momento guillotinaran a quien los había hecho guillotinar, pero a la par hubo quien apostó por seguir haciendo lo que hasta ese momento hizo: al margen de todo, de todos (y todo y todos no es otra cosa que “funcionarios” e “instituciones”)– a lo largo de un terrible periodo dizque “quinquenio”, dizque “gris”, aunque hay quienes insisten en sumarle unos añitos y más tintura a ése periodo.

héroes o villanos

demostrar ciertas destrezas y arrojo, divertirse, hacerlo despreocupadamente,
nada reporta t a n t o placer a un niño

les importa. Pero hay en todo grupo de niños similitudes con las manadas de lobos. Además de la necesidad de formar pequeños clanes para sus divertimentos, siempre habrá algún chiquillo con las características de un macho alfa o una hembra temeraria, ruda. Durante el juego surgen los retos y todo deja de ser ingenuo, cándido, para entonces volverse grave. Si en *Pinocho* la consecuencia de la despreocupación y el abandono a las travesuras desembocan en la estupidez del asno, en *El Señor de las Moscas* los juegos transitarán del bello territorio de la inocencia a la más terrible barbarie.

En su novela *El libro de la risa y el olvido* el viejo Milán Kundera dejó caer en el espacio de la ficción otra isla habitada por niños. Y aquí también las travesuras cruzarán el noble espacio de lo paradisiaco para adentrarse en el puro tormento. Y en este caso es un adulto quien padecerá las travesuras de los niños.

que también juega, pero que se tomará sus travesuras muy en serio, y más temprano que tarde le hará saber que no todo es placer, no todo es pura risa, y es en ése momento cuando un violento golpe los tomará desprevenidos.

Los he visto. Los hay en todos lados.

Pongamos como ejemplo un país, uno al azar: Cuba. Necesitamos ahora un periodo de tiempo. Como no hay nada mejor que un pasado reciente digamos entonces finales del año 2006 y lo poco que va de este 2007. Para reducir todavía más las cotas necesitamos un escenario, un territorio de juegos: Ciudad de La Habana. Es aquí en la capital donde se perpetraron tres programas televisivos en los cuales sacaron su cabeza unos señorotes que otrora se tomaron su rol muy pero que muy en serio, tanto, que muchos creadores (artistas plásticos, escritores, gente del mundo de la danza, el teatro, el cine y la música –y que me perdonen los que he dejado fuera),

De aquella etapa, salida de la caja de Pandora gracias a los tres programas que se perpetraron en la TV cubana, he decidido sacar con pinzas algunas confesiones develadas en los debates organizados para analizar el “Quinquenio gris”. Alegremente he dejado a un lado las opiniones de aquellos que fueron testigos o víctimas de aquellos años para apropiarme de las reflexiones de los que, por la edad, se enteraron a destiempo del embate de la parametrización. En la sala que sirvió de sede al encuentro con los jóvenes una persona del mundo del teatro levantó no una sino las dos manos para pedir la palabra. Luego de presentarse dijo en síntesis su currículo y lo que padeció y padece gracias a las decisiones de una funcionaria que no está residiendo actualmente en el país. Esta persona, que no dejó en dudas su valía en el universo de las tablas, pues precisó de quién había sido alumna e incluyó en su alocución los premios y alguna de sus obras puestas en escena, lamentaba que, gracias a la decisión de aquella “funcionaria”, no podía regresar al Instituto Superior de Arte y compartir su vasta experiencia con nuevos estudiantes. Es bien triste no poder contar con ella para formar a nuevas generaciones, es un gran saber que se irá perdiendo. Esa persona también lamentaba sus infructuosos esfuerzos para que las instituciones le asignaran un espacio en el cual pudiera realizar sus ensayos con un grupo de teatro. A

pesar de que ha puesto sus recursos personales en un raro lugar de la ciudad que sabía inutilizado, no ha recibido respuestas. Un relato intenso. Triste. Supongo que buena parte de su talento lo vertió en los más menos tres minutos que por disciplina y equidad les eran asignados a todo el que deseara hablar. Me conmovió.

Otra persona, mucho más joven y que se desempeña en la actuación, específicamente en la TV cubana, preguntaba qué hacía la censura en los momentos de decidir si es sensato permitir la puesta en pantalla de un programa de baja estofa. Esa persona fue puntual y dijo el nombre del programa en cuestión. Se lamentaba de las malas actuaciones y confesó que se consideraba buena en su oficio y que lo podía hacer mucho mejor que cualquiera de los que fueron elegidos en el casting, pero se quejaba, ay, de las oportunidades. Su confesión fue igual de intensa. Esa persona es marginada por partida triple, además es rockero y gay. Sabía matizar la voz, administraba muy bien los silencios, gesticulaba. Me conmovió. Supongo que buena parte de su talento lo vertió en los tres minutos asignados para hablar ante los organizadores del debate. Hubo más, mucho más. Algunos se quejaron de que no se reeditaban viejos títulos de los pensadores de la izquierda –libros que saben están en los anaqueles de la Biblioteca Nacional y que además han leído–, alguien pidió la instauración del Premio Nacional de la Censura para saber a ciencia cierta quién se encargaba de guillotinar las obras y las alas de los creadores, también se exigió, más que pedir, ayuda y presencia en los circuitos de cine para los jóvenes artistas del medio audiovisual, se cuestionó si en Cuba se ponía en práctica más de una política cultural, que la prensa nacional reflejara lo que realmente sucede en el país, for example la batalla de los e-mail motivada por esos muertos oscuros que son el dúo Pavón-Serguera. Hubo más. Fue estimulante y bello verlos arrancar aplausos tras verter sus opiniones. Sus apuestas son puras, son críticas sus posiciones y su intención no es otra que favorecer las r.p.m. del motor del carro de la Revolución. Merecen todos ser escuchados y sus exigencias atendidas, les duele no ser tomados en cuenta y que los mecanismos de censura les corten el paso. ¿Pero cuál es el pequeño deslíz que comenten?: olvidar que todo espacio social es un territorio cruzado por duras líneas de fuerza, que todo empeño aglutinador es también excluyente por defecto –incluso son excluyentes sus propias apuestas–, pensar que el espacio de la creación es puro y no puede ser sino un extenso campo de margaritas donde todo es placer mientras se escribe una pieza de teatro, se imparten conferencias, se filma un guión o se dibuja el paisaje. Estos adultos quieren disfrutar mientras trabajan, y este “disfrutar” no es el placer de la zozobra en el difícil arte de crear, es el placer del juego y se han visto sorprendidos por la rudeza del espacio donde han interactuado. Algunas de sus travesuras se han visto truncas por la severidad del macho alfa, de la hembra líder, es decir: por los “funcionarios” y las “instituciones”. Es lógico que esos seres puros se sientan deprimidos, decepcionados. Lo han dicho. Y duele. Pero sus comentarios no son diferentes a los

balbuceos del niño cuando se les prohíbe seguir con sus diabluras. ¿Por qué, en vez de balbucear, no fundan un espacio propio de reunión para dialogar entre ellos, crear, polemizar, impartir talleres a nuevas generaciones, ensayar una obra, discutir y exhibir los documentales y cortos filmados mientras se espera por una respuesta de los “funcionarios” y las “instituciones” –que en su impetuosa e inmensa labor de aglutinación por defecto excluyen? ¿Por qué no vuelven su cabeza hacia atrás y miran, alegremente, a aquellos que a pesar del ostracismo en el que fueron sepultados siguieron creando –lo hicieron muy pero que muy al margen? ¿De los que fueron condenados al silencio algunos no han sido rescatados y forman parte ya de la “cultura nacional”? Pensar es crear. Crear es resistir.

En sus balbuceos, estos eternos niños piden eliminar la censura u otorgar un premio nacional para hacer visible y otorgarle un rostro a quien está detrás de esos engranajes. Quieren jugar en el apacible campo de margaritas y saber cuándo y por dónde llegará la tormenta para ponerse a buen recaudo. Libertad total de creación es lo que quieren y para ellos eso es sinónimo de libertad para seguir jugando, pero en sus travesuras olvidan que lo importante, es encontrar la grieta, la fisura tras la cual podrán sortear los engranajes que pone en marcha el macho alfa. La grieta, como la verdad, está ahí afuera y no son pocos los que sacan partido de ellas, basta mirar algunas zonas del panorama cultural del país.

Es cierto que duele que barran con tu espacio físico de reunión, de eso se quejaba aquella persona marginada por partida triple. ¿Pero de qué sirve saber que con su talento podría mejorar un programa de baja estofa, o lamentarse de que los rockeros ya no tienen el parque de siempre o que a los gay les suceda otro tanto?

El niño desesperado podría llegar al extremo opuesto donde sabemos pueden conducir los juegos.

¿Será más sensato dialogar con los “funcionarios” y las “instituciones” que dialogar sobre los “funcionarios” y las “instituciones”?

¿Tendría sentido una guerrita civil?

¿O será más sensato creer que la vida es un desierto a poblar y asumir entonces la filosofía del nómada y tener entonces como sitio ideal para el encuentro, la polémica, el intercambio de intensidades e ideas cualquier rincón del país, de la ciudad, del propio cuerpo?

Manifiesto o testamento de la conciencia occidental, mamotreto pasado de moda, gran fresco de la conciencia europea, he escuchado sobre *La montaña mágica* todo tipo de comentarios contradictorios, pero siempre grandiosos y amedrentadores. Nadie, sin embargo, tuvo la piedad de decirme que *La montaña mágica* era una novela cómica. Una gran farsa que no teme caer una y otra vez en la caricatura.

El propio Thomas Mann señala que su objetivo al empezar a escribir lo que será su obra maestra, era escribir un pequeño cuento en un tono de ironía inglesa. La guerra, que imposibilitaba toda liviandad, alargó la novela y la ironía inglesa se mezcló con la grandiosidad alemana, creando una gigantesca novela que tiene el perfecto argumento de una novela corta (un señor que va a ver a su primo a un sanatorio donde se convierte en un enfermo más). *La montaña mágica* es así, como *El Quijote*, como *Tristram Shandy*, como todos los libros de Dickens, como *La Cartuja de Parma*, como *Madame Bovary*, o *El proceso*, una sátira que se ensanchó hasta tragarse el mundo. Por desgracia, los amantes del alemán suelen no ser amantes del sentido del humor, y la obra de Mann está rodeada de toda suerte de pomposidades reverenciales, de las que –por desgracia– el mismo Mann tuvo la debilidad de participar no pocas veces.

Thomas Mann encontró en la enfermedad, el gran tema de su literatura. La muerte en Venecia está relacionada intimamente con la creación artística, su crisis y su declive. Así el cólera es sólo el terreno de juego en que el desorden del sexo y el rigor del arte juegan un partido mortal. En *La montaña mágica*, Mann deja de preocuparse por la enfermedad del arte, para investigar el arte de la enfermedad. Su protagonista no es escritor ni pensador, ni un lector atento o conciencioso. No es ni siquiera una persona interesante, o profunda, no parece atormentado por ninguna obsesión o

mania importante. Es un joven rico, normal y promedio al que la enfermedad dota de pronto de una creciente sensibilidad, de una nueva conciencia de sí mismo y del mundo, que se parece a la de los artistas pero que no se convierte en arte, sino en pura y dura sobrevivencia.

La enfermedad, descrita con lujo de detalle por Mann, es un apéndice que tiene todos los síntomas del arte, pero que a diferencia de éste, termina en la muerte. Mann descubre que la literatura y la enfermedad son vecinos, condenados a pelear o entenderse. No es un azar que en cualquier lista de grandes escritores de todos los tiempos, figuren eminentes enfermos que escribieron, con desesperado apuro, cuando la enfermedad era más aguda.

Uno de estos grandes enfermos, Roberto Bolaño, escribió una brillante y emotiva conferencia que se llama *Enfermedad+Literatura=Enfermedad*. No soy muy bueno para las matemáticas, pero algo me huele que la fórmula tiene más de rabia contra el dolor acuciante que lo obligaba a apurar su obra, que de exactitud matemática. Bolaño no fue el escritor que fue porque estaba enfermo, pero habría demorado más tiempo a sentarse a escribir si no hubiese sabido que la muerte existe. Creamos o no en Dios, o el Diablo, o el limbo, o los átomos intergalácticos, escribimos todos para sobrevivir, es decir, para vivir de sobra, sobre la muerte y sobre la vida misma. Sólo cuando sabemos que la novela tiene fin podemos empezar a escribirla, sólo cuando es peligroso y vano salir a la calle, le podemos imponer al cuerpo el encierro de la escritura.

Por lo demás nada hay más parecido a un escritor que un enfermo. Ambos viven de contar sus síntomas a distinta gente. Su correcto diagnóstico, y su posible sanación, dependen en gran parte de la precisión con que cuentan lo que sienten, cómo pueden encadenar las secuencias de sensaciones a una lógica. Así desarrollan sobre los diversos

estímulos externos –comida, temperatura, el país, los amigos– una serie de teorías que los ligan con su cuerpo, con su patología o con su recuperación.

Los enfermos, como los escritores, suelen ser supersticiosos, empiezan su obra o su cáncer creyendo en la ciencia y la razón, y sucumben a las manos de todo tipo de terapeutas orientales, o brujos holísticos que los salven a cualquier precio.

Los enfermos se rodean, como los escritores, de una corte que los ama y los mimas, que no les exige nada, que les perdona todo porque el pobrecito sufre tanto. La lástima pasa a convertirse en sumisión y la sumisión en tiranía. Porque el enfermo, como el escritor, supone y hacer suponer a los que lo rodean, que está en contacto con otro mundo, que otras fuerzas, la del tumor o la de la novela, lo habitan. Su debilidad, paradójicamente, lo hace fuerte, misterioso, distinto, mejor que nosotros.

Hasta que se caga, se mea o vomita en medio de su discurso sobre el más allá. El escritor y el enfermo es alguien que tiene que renunciar al miedo al ridículo y a las fronteras del pudor. En cualquier consulta, a cualquier hora tiene que desnudarse.

Puede no creer en nadie, ni en nada, pero depende por completo de la voluntad de un hombre de blanco. La mirada externa –en el escritor se puede llamar talento o conciencia, o crítico, o público lector–, que relaciona el dolor de muela con el resfrío, que comprende lo que no ve, que de una muestra puede inferir todo un historial.

Ante esa presencia mágica, la del médico, la de la inspiración, los enfermos y los escritores suelen quedarse callados, inmóviles, buenos y sabios. El resto del tiempo, escritores y enfermos suelen ser insoportables...

Perdón, quise decir inconsolables.

Rafael Gumucio
Santiago de Chile-70



Ahí están los japoneses. Les lanzaron una bomba que parecía salida de un mal libro de ciencia ficción. La bomba destruyó su orgullo y ellos –como venganza– nos colonizaron de vuelta en los 60 años siguientes. ¿El método? Un imaginario lleno de rituales inverosímiles y dinosaurios radiactivos verdes que lanzaban fuego por la boca y peleaban contra polillas espaciales de cartón piedra, en eternos climax irresolutos, con patadas asesinas estiradas como chicle o rayos láser que les suspendían las cataris a sus héroes andróginos. Lugares comunes que parecían ficciones arrancadas de nuestros sueños violentos o nuestras dulces pesadillas. Una literatura que apenas éramos capaces de entender. Y nos doblaron la mano con eso. Se metieron en nuestras cabezas sutilmente, sin posibilidad de vuelta. Gente como ese tal Kazuo Ishiguro, que escribió –en inglés impecable– sobre una mansión británica y un mayordomo/siervo devastado; sonaba tan Booker Prize, pero era en realidad japonés. O el tal Yukio Mishima, masoquista perverso –extasiado con el San Sebastián de Guido Reni– que no se sentía capaz de ser alistado para la guerra; en un avance disléxico de su propia batalla privada –milicia personal mediante– donde secuestraría –vestido con un uniforme de diseño propio– a un general. Su cabeza –obvio– rodaría con elegancia dramática nipona. Habría sangre. Una sangre correría cuesta abajo por las mismas calles que Katsuhiko Otomo dibujaría años después en *Akira* como los apuntes de un futuro nuclear, pero que eran postales perfectas de un presente monstruoso.

Pero pensar en ellas, intentar entender esas imágenes, esas historias es un espejismo peligroso, porque como bien dice Juan Forn –mientras lee a Haruki Murakami–: “¿cómo sumergirse en los abismos de la psique de una nación que históricamente ha sometido toda subjetividad a los rituales de la más incuestionable disciplina, en el terreno militar, laboral, social y religioso?”. Así, leemos sobre Japón como quien ve una película muda que carece de significado concreto. Ficciones de un país fantástico o imposible, un lugar donde somos bárbaros, iletrados. Creo que alguien se lo dice así a Marguerite Duras en *Hiroshima, mon amour*. Le dicen: nunca entenderás Hiroshima. Le dicen: no somos lo que piensas que somos. No sé que respondería la Duras. Tal vez Vila-Matas lo sepa. No lo creo.

Son días raros: hace más de 60 años que los americanos lanzaron la bomba y les deformaron la cara a ellos, pero también a nosotros de vuelta. Hiroshima es nuestro espejo. Adorno dijo que no podía haber arte después de Auschwitz. Yo digo que después de Hiroshima sólo se puede escribir ciencia-ficción. Los japoneses lo comprendieron bien. Enterraron a sus muertos, se tragaron las cenizas del plutonio y se sacrificaron para encarnar a nuestro futuro. Su literatura viene de otro planeta y nosotros nos perdemos en la traducción, como en esa película llena de falso zen de Sophia Coppola. No nos queda otra. Pero a veces también nos encontramos: mientras escribo esto, termino de leer *El maestro de go* de Kawabata, la crónica de un legendario encuentro entre dos jugadores de go, el ajedrez samurai. Todo Japón está ahí: la resaca del fin de la era Meiji, la guerra venidera, un minimalismo filoso y triste. Y si se lee bien, uno se enfrenta a una road movie lánguida sobre la inminente muerte de una cultura; el devenir del Shusai Honnimo, un héroe terminal por una larga lista de posadas y hoteles, donde demuestra la excelencia de su juego mientras espera –sin saber– el fin del mundo entre el sonido de las cascadas, el olor del té, la lluvia y el silencio.

BANZAI
álvaro·bisama
álvaro·bisama
álvaro·bisama
álvaro·bisama
álvaro·bisama

bisama·álvaro
bisama·álvaro
bisama·álvaro
bisama·álvaro
bisama·álvaro
REALITY

No deja de ser inquietante que en los mismos días en que Jorge Edwards relanzara por enésima vez *Persona non grata*, Fidel Castro anunció su retiro. Porque Castro es el villano ominoso de esa ficción paranoica –de hecho, casi ciencia ficción– que es el texto de Edwards, aunque, en realidad, dicho libro haya sido escrito como una crónica real de su paso por Cuba en 1971, caso Padilla incluido.

Pero también puede ser otra cosa: el primero de los múltiples avisos de muerte del famoso boom de las letras hispanoamericanas; una más de las noticias falsas del deceso de un movimiento declarado fallecido desde casi siempre: fusilado ipso facto con el famoso mea culpa del mismo Heberto Padilla y luego dado de baja sucesivamente por el golpe militar en Chile, el Nobel de García Márquez, la carrera presidencial de Vargas Llosa, la etapa final de Cortázar, y las obras completas de Isabel Allende y Luis Sepúlveda. Más: Donoso le hizo una autopsia en *El jardín de al lado*, y Fuguet lo declaró obsoleto en 1995.

Aun así, el boom los sobrevivió a todos y a todo, transformado en una dictadura estética ajada pero viva, un palacio en ruinas convertido en el centro del canon. Tanto que hasta el día de hoy cada libro o noticia de alguno de sus autores es un acontecimiento medial: el cáncer de García Márquez, el costado gay de Donoso, el cambio de nacionalidad de Vargas Llosa o las novias de Cortázar.

Eso porque el boom fue el primer reality show de las letras americanas, protagonizado por autores metidos en una jaula dorada que tienen que aprender a escribir a dentelladas, contemplados todos por un público expectante.

Un reality donde envejecen, mueren o resucitan para terminar incluso narrando sus memorias, todo para satisfacer a un auditorio que nunca se cansó del todo de su sangre y escritura.

Los que vinieron después tuvieron que aprender a escribir y vivir bajo su sombra: se volvieron marginales, excéntricos o vanguardistas; feministas y modernos; urbanos o cocainómanos mientras probaban con incontables clases de dinamitas literarias para abrirse paso en el mercado. Ciertas ficciones de los 80 y 90 pueden leerse así, como una inquietante lista de intentos de derrostrar a estos viejos miembros de una revolución que se había traicionado a sí misma más veces de las aconsejables.

Pero, declarados obsoletos en innumerables ocasiones, los del boom siguieron ahí, al pie del cañón, tal y como lo hizo el mismísimo Fidel Castro, su tótem y fuerza de gravedad inconfesable: aquel dictador que no pudieron atrapar en ninguna novela; la figura sobre la que concentraban odios, amores y su literatura completa. De ahí que ellos, los del boom, sean los más capacitados para hablar de su supuesta jubilación. Crecieron con él, lo vieron de cerca o de lejos, escribieron a favor o en contra suya. Castro fue su sombra, su ángel y su némesis. Y Gabo y sus amigos y enemigos son sus parientes cercanos o primos lejanos, los fotógrafos de familia que lo conocen de toda la vida.

Así, *Persona non grata* puede leerse ahora como una conspiración política, pero también como el intento de un autor para sacarse de encima aquel inefable personaje protagónico. Por otro lado, también podemos pensar que una vez retirado Castro, el boom se cierra y la historia dobla la esquina de una vez por todas. Sería lo lógico. Pero puede ser que no pase nada nuevo, que sea la misma cantinela exagerada de siempre, aquella crónica de una muerte anunciada que nunca acontece, pero que quizás tenga, por un rato, algo de cierta.

ÁlvaroBisama
Valparaíso·75

twatcher

A mí –malos días y peores noches de por medio– ya me parece que fue hace mucho tiempo. Tres figuras políticas de las que yo nunca había oído hablar aparecen en tres programas de televisión que yo nunca he visto. Inmediatamente se activa la alarma. Como *Watchmen* de Alan Moore, como una avanzadilla de viejos y nuevos superhéroes, figuras políticas de otra clase reaccionan a lo que pudiera ser un Retorno del Mal. Se habla de teorías de conspiración que llegan, por supuesto, hasta Raúl Castro. Mail tras mail tras mail, se va improvisando un debate virtual que ocurre y no ocurre en Cuba: estamos en pleno punto cult punto cu, donde los puntos son a la larga puntos suspensivos, puntos en boca, puntos y aparte. “Nunca he visto tanta cantidad de poses en un mismo escenario”, me comenta por teléfono un amigo escritor que me lleva 20 años de ventaja de ver cosas. En ese escenario, escribe Hugo Loetscher en *El Inmune* (1985), “se mezclaba lo privado y lo ideológico, las confesiones y la cháchara, la experiencia y la teoría”. Y agrega el escritor suizo: “La revolución consistía en un primer momento en que todos comenzaban a hablar como si hubieran callado durante

mucho tiempo, como si sus problemas no se hubieran tratado jamás”.

Todavía callados, sin voz y sin voto y sin rostro visible, otros lectores asisten a la función –a la ficción. Me cuentan que, en un interesante y periférico lugar conocido como Centro de Neurociencias de Cuba, había quien se sentaba todos los días al correo para seguir las incidencias electrónicas del debate. Imagino a varios de esos científicos en sus concentrados laboratorios leyendo la novela por entregas. Trato de imaginar cómo la leen. ¿Analistas de la información descontrolada? ¿Los minuciosos duaneles día de la clase de al lado? Diagramación de redes neuronales, activación de zonas en la corteza. Quizás a alguno se le ocurra, como al descuido, que el cerebro funciona bastante mal, pero al menos hay señales de que funciona, de que puede funcionar. Quizás otro piense en las señales químicas que indican el surgimiento de la conciencia en una masa de carne y plieguecitos. No sé. Pero me creo que hay algo ahí, en esa distancia, que vale la pena tener en cuenta.

La ventaja del desplazamiento, de estar desplazado y observar las cosas desde un punto de vista marginal, como decía Piglia. Un ejercicio de oblicuidad, de colocarse al sesgo. Usar lo que tienes a mano y no lo que se supone que debieras tener para interactuar con lo que se mueve. Entrar por el lugar incorrecto a decir lo que no es pero que también sirve. Como el crítico chileno que calificó a *Match Point* como “una película de tenis” (a Woody Allen le

hubiera gustado). Como yo la otra noche –de esas peores noches sin mirarme a mí mismo–, medio muerto frente a la televisión nacional, viendo por segunda vez *Blade Runner* y encontrando que se trataba claramente –no debo ser original en esto– de un ensayo fílmico sobre la mirada.

Esa misma televisión, por ejemplo, puede ser vista con una táctica diferente. Contra lo que se suele creer, puede usarse para activar neuronas –las que uno tenga. La más reciente polémica cultural cubana tuvo su detonante allí, a la vista de todos. Sólo que no todos estaban *mirando*.

Mirar la televisión cubana poniendo el canal paranoico. Tramas invisibles enseñando las puntas de programa a programa. Pistas. Todo está ahí por algo, queriendo decir otra cosa. Cómo se dice lo que no se dice. Sentidos paralelos que se ocultan unos debajo de otros. Mucho menos fácil que descubrir demonios del pasado es advertir la forma de los demonios del futuro. Identificar los síntomas en el presente. Pero para eso habría que dar un paso más allá de las figuras que aparecen (y desaparecen) en el aire, de la escena suprimida en la película del domingo o en el episodio de *Friends*, de la frase que no se subtitula, de los filtros noticiosos de última hora, del formato y el guion que abortan una y otra vez, de las fórmulas nacionales de propaganda y telebasura, de esos tremendos videos reality show donde Fidel Castro y Hugo Chávez, al decir de Rodrigo Fresán, “se miran, se abrazan, se elogian con prosa de bronce”.

Un paso más allá, probablemente, está el delirio. Es desde ahí, quizás, donde uno puede repetir como el replicante: “I’ve seen things you people wouldn’t believe”.

Y probablemente, también, la televisión cubana no dé para tanto, pongas el canal que pongas. Mejor todavía. Ver la televisión que no existe, el zapping que nos falta. Picotear el cable antes del cable. Crear poco a poco el Homer Simpson que necesitamos, el que sólo abandona la pantalla para ir a la nevera en busca de otra lata de cerveza. El Homer Nuevo.

Otro mito catódico más reciente, el Dr. House, le dice –ya le ha dicho de todo– a la Dra. Cameron: “Lee menos y mira más televisión”.

Lee más televisión, se entiende. Léeme a mí.

Lee cosas que los demás no creerían.

Jorge Enrique Lage
La Habana · 79

jorge•enrique•lage

dos cuentos

la autopsia

loetscher

El patólogo retiró el corazón de la balanza.

"450 gramos, pericardio blanco. Se aprecia un poco de líquido de color amarillo claro. La superficie interna lisa, brillante. Corazón más bien flácido. Mayor que el puño derecho del cadáver. Punta redondeada. Formada por el ventrículo izquierdo. El ventrículo derecho está dilatado. El izquierdo es normal. La aurícula derecha..."

El patólogo dejó de dictar. Había reparado en el grupo de hombres que acaba de entrar. Bajó las batas blancas vio los pantalones del uniforme militar. Sostenía el corazón a la altura de su pecho. Asintió mirando hacia la puerta...

–Estimado colega.

–Estimado colega.

–¿El equipo sanitario?

–Parte de él.

–Un momento, por favor –el patólogo se inclinó sobre el corazón que sostenía en su mano izquierda.

A una señal del oficial, los hombres se detuvieron junto a la puerta. El patólogo volvió a darle al pedal de la grabadora. El corazón había sido separado de sus vasos. Introdujo una tijera roma en el corazón, recorrió los conductos imitando la corriente sanguínea, desde la aurícula derecha a la arteria pulmonar: "Aurícula derecha ampliada. La izquierda es normal. Formas ovales. Orejuelas vacías. Epicardio blando y brillante con tejido graso epicardial moderado. Endocardio brillante".

Recogió un metro de la mesa de acero cromado que habían instalado sobre las rodillas del cadáver: "Medición de válvulas: *Tricus pidalis* 12 cm, *Tricus mitralis* 10 cm, aorta 8 cm. En el borde oclusivo de la mitral un nudito en forma de verruga. Los tendones se han acortado y son más gruesos. Trabécula y músculo papilar de tamaño medio".

En la mesa de instrumental intercambió el metro por el cuchillo. Cortó con el escalpelo el corazón, comprobó su resis-

tencia. El izquierdo cedía un poco al presionar. Un crujido, el acero había tocado el calcio. El patólogo cortó la arteria coronaria en varios puntos y separó la luz: "En la aferencia de la arteria coronaria izquierda, estrechamiento de la luz en forma de hoz".

Volvió a colocar el corazón en la bandeja junto al metro y el cuchillo. Una bandeja de acero cromado con desagüe central. El corazón soltaba un tinte. Junto a él, el pulmón flácido y encogido.

–El tracto pulmonar –explicó el oficial–, eso que parece un pico es la laringe.

El patólogo hizo una señal al colega, quien a su vez pidió a la tropa que le siguiera. Obedecieron con paso quedo, casi titubeantes. Los hombres, y el Inmune entre ellos, se colocaron en semicírculo en torno al caballete.

–Le agradezco que nos permitiera venir.

–Si les sirve de clase práctica –opinó el patólogo. Señaló hacia el cadáver. La parte superior de la piel estaba lívida, el resto mostraba manchas cadavéricas concluyentes.

–Vientre tumefacto. Denota la insuficiencia hepática.

–¿Hígado metastatizado? –preguntó el oficial sanitario.

–Ahora lo veremos. Una mujer de 64 años.

Las costillas de la mujer estaban descubiertas. Bajo la epidermis retirada se apreciaba una capa de grasa color mantequilla. Los pechos colgaban hacia los lados, hundidos en los huecos de las axilas.

El patólogo regresó junto al cadáver. Con una cuchara extrajo un líquido del vientre y lo introdujo en la correspondiente probeta, lo vertió en el lavabo a los pies del cadáver, llenó la probeta de nuevo y luego otra vez más.

–Tres litros de líquido ascítico.

El patólogo separó el hígado con un cuchillo alargado. Lo agarró cuidadosamente con ambas manos. Lo sostuvo bajo el chorro del lavabo, lo lavó y lo toquetó.

El oficial sanitario:

–Comprueba su consistencia. Con cada órgano hay que proceder primero a su descripción: tamaño, color, textura.

El patólogo levantó la vista, sonrió y se encogió de hombros:

–Yo no lo hubiera explicado mejor.

Colocó el hígado en la mesa de disección. Con una tijera puntiaguda abrió por la parte inferior los vasos y conductos biliares:

–El hígado presenta una estructura superficial nudosa con puntas blancas.

Mostró el hígado al colega y luego a la tropa:

–Hígado metastatizado. Como era de esperar. Carcinoma de útero. Fase 4.

El patólogo trinchó el hígado en rodajas del ancho de una mano, hasta llegar al centro. Luego separó los cortes:

–Tejido hepático sano, reducido a un tercio –y luego a la tropa–: destruido y desplazado debido al tumor. No operable.

El encargado de la autopsia se aclaró la voz. Todos le miraron. Estaba manipulando la cabeza. Echó su cuerpo hacia un lado para que observaran cómo trabajaban. Había hecho un corte desde la frente hasta el cráneo anterior. Ahora levantaba el cuero cabelludo desde atrás tirando hacia delante. Un cráneo desnudo en vías de ser pelado, asexuado, sin edad, dos órbitas oculares. Debajo, la parte interior del cuero cabelludo, sanguíneo y liso, el pelo gris formaba una barba.

El patólogo había extraído el bazo y los riñones. Los órganos, una vez limpios, descansaban en la bandeja de disección. Coágulos. Cortó un dado de cada órgano y los colocó en una botella llena de líquido.

–Formol –el oficial seguía el procedimiento.

–Para el histólogo –dijo el patólogo–. Facilita el trabajo. Formol, lo conocerán mediante la pincelación de pies sudorosos.

Un ruido de astillas que saltan, el murmullo de una hoja de sierra. El encargado

de la autopsia ejecutaba un corte alrededor del cráneo.

El patólogo levantó la vista, asintió, sin dirigirse a nadie en concreto. Luego inspeccionó el vientre del cadáver. Levantó la vejiga vacía. Señaló el útero que se encontraba bajo esta.

–Estos pequeños nudos probablemente sean el tumor primario. Se encuentra en la región del cuello de útero. –Reflexionó unos instantes–. Las adherencias que se observan a ambos lados probablemente se deban al tumor.

El patólogo separó las adherencias con el escalpelo, las colocó sobre la bandeja, y abrió la vagina y el útero.

El Inmune apretó sus genitales entre los muslos.

–Los coágulos de sangre indican hemorragia, la mujer aún tenía un 30% de globina. –Luego, el patólogo separó los dos ovarios y los partió por la mitad con un corte certero–. Atrofia normal debida a la edad.

Ahora el cadáver había sido vaciado por completo. La columna vertebral y las ramificaciones de las costillas forman un casco de barco delicioso, pensó el Inmune, y oyó: "No se detectan metástasis en los huesos". El encargado levantó aquella especie de cebolla y la colocó a un lado. La cabeza sin la mitad superior. Los dedos del encargado se deslizaron dentro del cráneo y extrajeron una masa gris. El cerebro. Temblaba sobre el acero cromado. Lo trinchó.

Un hombre mayor entró en la sala. Laborioso y excitado. Susurró unas palabras al encargado de autopsias, que llevaba un trépano en la mano. Con este penetró en el interior del cráneo.

El encargado al patólogo:

–El hombre nos está esperando.

Patólogo:

–¿Qué hombre?

–Creo que es el marido.

–¿Ya son las cuatro? –preguntó el patólogo. Su colega le mostró un reloj. Luego al encargado–: Termine.

El hombre mayor se alejó manoteando.

El patólogo:

–El amortajador.

–¿Necesitamos la columna vertebral? –preguntó el encargado.

–No –rechazó el patólogo con la mano–, nada de huesos de extremidades. Si no, habría que ponerle varillas –prosiguió,

señalando hacia una esquina donde tenían varillas de todos los largos- para que el cadáver no se desmorone si se le extrae la columna.

El encargado levantó la bandeja con las vísceras y las echó sobre el vientre vacío del cadáver. Un montón de órganos pegajosos rodando. El encargado los repartió con la mano y los alisó. Luego cogió un rollo de papel crespón, arrancó un par de trozos, formó unas bolas, relleno el cadáver y retocó los huecos.

El libro que todos llevamos dentro. Nos enterran con papeles en blanco en la tripa, papel absorbente, meditó el Inmune.

El encargado procedió a coser. Con una aguja curva tiró de un cordel de empaquetar, cosió a toda prisa una única costura de abajo a arriba. Los pechos se levantaron con todo su peso y regresaron a su lugar originario, separados por un nudo.

El patólogo se encontraba de pie junto al escritorio, delante de la ventana. Se volvió hacia el lavabo. Se lavó los guantes de goma. Reguló el chorro de agua con la rodilla. Se arrancó los guantes de las manos, entre los dedos rastros de talco. Cogió un fajo de papeles y se lo entregó al oficial sanitario.

-El informe del hospital. -El oficial se lo pasó a la tropa. El Inmune era el que más cerca estaba y se hizo cargo de él.

-¿Desde cuándo se hacen visitas de patología en el programa de formación?

-Todavía no se han incluido, ha sido idea mía. Cómo van a poder ver muertos si no.

-En la unidad de urgencia ya se van acostumbrando a la sangre.

-Hacía tiempo que no pasaba ni yo por patología. El bueno de Neumeier...

-¿Usted también estudió con él? Está un poco mayor para seguir ejerciendo.

El inmune leyó un nombre, los dos nombres de pila. Miró el cadáver. En el apartado "profesión" habían consignado ama de casa. Fecha de nacimiento. Fecha de ingreso. Los avisos se enviarán a la dirección del marido, número y nombre del seguro médico. Dos hijos.

El encargado volvió a encajar el cuero cabelludo en el cráneo de adelante hacia atrás. Las órbitas desaparecieron, recobraron ojos y cejas. Alisó el cuero cabelludo, comprobó que se ajustara a la cebolla. Le arregló el pelo con los dedos, colocó un par de rizos sobre la frente, por encima de los

laterales, donde comenzaba el corte. Luego manipuló la cara con dos dedos, centró un poco la nariz y modeló la boca para que esbozara una sonrisa.

-Por favor -el patólogo quería que le devolvieran los papeles. Los firmó. Luego abrió el delantal de goma blanco.

-También hay delantales rojos -dijo el oficial.

-Depende del carácter de cada uno -añadió el patólogo.

El encargado levantó el cadáver del caballete, lo puso sobre una mesa de trinchar, y la retiró a un lado tras cubrirlo con una sábana. Se fue por una puerta batiente de la altura de un hombre.

El oficial sanitario se despidió. El patólogo le acompañó a él y a la tropa. El encargado sacó de un empujón el siguiente cadáver de la cámara frigorífica. Se acercó al dedo gordo, se agachó para verlo mejor. Tenía una etiqueta con una dirección. El encargado susurró de forma audible:

-Clínica A.

-Ah, el del accidente -confirmó el patólogo.

El encargado hizo una seña a la tropa, se inclinó, se puso en cuclillas y señaló la planta del pie derecho:

-La mancha negra. La corriente le pasó por aquí.

Luego lo arrastró sobre la tabla. ☒

no tengo ningún poder sobre ellos. Lo más cómico es que me dejaran una lista.

¿A qué se referirían cuando me preguntaron en la puerta si tenía un pasaporte válido? Habrían podido confiscarlo. ¿Se trataba quizás de un requerimiento? ¿O incluso de una trampa?

Buscaban al Inmune, qué risa. Hablaban de él como si fuera una víctima. Y luego la pregunta capciosa: ¿es usted inmune o no?

Por lo menos no me han llevado con ellos. Se han llevado un paquete de papeles y ya se cuidarán de utilizarlo.

En todo caso, yo no pretendía que se convirtieran en un dossier. Pero seguramente los utilizarán como tal. Me pregunto que podrán deducir de ellos. Siempre me ha fascinado saber lo que los demás sabían de mí. A veces he escuchado con envidia todo lo que he hecho y lo que se supone que pensaba. Si alguna vez se me aparece un hada y me concede tres deseos, pediré uno personal: quiero vivir todo lo que los demás han novelado sobre mí y lo que me han atribuido. Esa es una parte de mí que nunca descubriría por mis propios medios.

Lo que han confiscado basta para un interrogatorio. Y seguramente no me podré librar de él. Tratarán de pillarme basándose en tal documentación: "¿Qué ha hecho usted con su tiempo?"

Entre lo que se han llevado hay una

Siempre vuelve a surgir en mí el albañil.

Pero se atenderán a lo que tienen entre manos. Me pregunto por qué no hay otra historia sobre mi madre entre los papeles confiscados. Le había prometido que la acompañaría a aquel país que ella llamaba santo. Ya habíamos estado juntos en Roma. Nuestro primer viaje juntos. Había sido una especie de regalo de Navidad. Y la mujer fue a la plaza de San Pedro para ver la bendición del Papa: era un buen Papa, y la había mirado a ella al asomarse a la ventana. Mientras yo buscaba una ciudad tras otra sin descanso, ella necesitaba las ciudades para peregrinar. Ésa podría haber sido la escena de Jerusalén: enseñarle a una madre la ciudad de la madre.

¿A qué venía tanta pregunta? Lo admito, he escrito un cuento que no lo era. Pero quería que hubiera una vez algo en aquel año en que fue.

Y hace tiempo que se clausuró mi Teatro del Tropezón. Bastaron cuatro palabras: "Cuidado con el escalón".

Pero supongo que no les puedo ir con esas. Lo que quieren es que les conteste sí o no.

Se imaginan la verdad desnuda. Como si no se pudiera mentir igual desnudo que vestido. También la desnudez es un disfraz, y no solo porque se puede llevar en el escenario. Mi hora de la verdad no significa tanto descubrirse como cambiar de vestimenta.

dos cuentos

quedaron papeles

loetscher

Han confiscado los papeles, un paquete bastante grueso. Ni siquiera sé si debo indignarme. En cierto sentido me siento liberado.

Siento curiosidad por saber qué harán con ellos. Quizás desaparezcan en un expediente con el sello de la fecha de entrada y un par de notas al margen. En todo caso, ya

escena en la que se describe el nacimiento de un intelectual en una cocina. Podría añadir algunas cosas más. Una vez hice una estantería en el taller de mi padre, que me ayudaba cuando me liaba. Fue la única vez que hicimos algo juntos. Poco después le descubrí delante de la estantería diciendo: "Vaya mueble". Él tenía uno parecido en su taller, solo que con las cajas de los clavos, las brocas, la alcuza, el papel de lija, la estopa...

Al redactar la lista de los papeles confiscados quiso saber por qué llevo gafas oscuras.

Estoy convencido de que en el interrogatorio revisarán los papeles palabra por palabra: ¿Tuvo algo que ver con el teatro? ¿Qué hacía en París aquel mes de mayo? ¿Representaba papeles que no confesó? La casa que heredó de su padre, ¿es habitable? ¿Les proporcionó el subsidio al que estaba

obligado? ¿Estaba en condiciones de hacerlo? ¿Sigue yendo por Niederdorf? ¿Puede usted darnos algún nombre de los fantasmas que se encontró en el Fantasio? ¿Qué relación tenía con Christian? Su caso sigue sin aclarar. En cuanto al dictamen del médico del colegio, ¿es ésta su letra? ¿Viaja usted por motivos puramente profesionales? ¿O es que trata de huir de algo? Y, si es así, ¿de quién huye usted? ¿Por qué tiene dos cicatrices en la frente?

Lo aprovecharán todo, una cosa detrás de otra. Pero, al fin y al cabo, yo mismo he determinado este orden, empezando por el telón que se levanta tras otro telón. Parten del supuesto de que dicho orden es preceptivo. Pero podría ser muy distinto. Ni mejor ni peor, sino distinto, "el distinto". Pero yo tengo que responder del orden por el que me decidí.

Tengo la impresión de ser un acusado que se representa a sí mismo, no como abogado o defensor, sino porque las pruebas aducidas solo constituyen una posibilidad entre muchas, siendo cualquier otra igualmente aceptable. A cada palabra clave podría responder con otro suceso, otro episodio u otro ejemplo. Incluso con cosas más acordes con un interrogatorio.

Por lo que respecta a los casos de abuso de personas, no tienen más que un ejemplo. Y de las cartas, tan solo la que envié a mi hermana. ¡Cuando pienso en la colección de cartas empezadas que tengo!

Por supuesto que nací en Zúrich, si es que quieren confirmarlo; porque, al fin y al cabo, Zúrich existe. Pero este Zúrich podía también convertirse en una cicatriz que se extendía sobre una verde llanura de Grecia, donde solo una parte de los árboles perdía su follaje recordándome el invierno de mi tierra, a mis espaldas, una ciudad muerta, y no solo por tener detrás las ruinas de Mistra. Habría podido sustituir esa ciudad muerta por una viva, por Bahía, la ciudad de Todos los Santos y de Todos los Vicios, en cuyas calles comenzó el poema. También podría haber sido una ciudad destrozada por mí en mi trato con la gramática: *...esse delendam*. Estaba convencido de que había que demoler Cartago solo por ser un gerundio. Cuando llegué a Santiago, estaban reuniendo a los muertos que habían expuesto en el cauce del río para intimidar.

¿Y qué hubiera pasado sí, en lugar de un promontorio en el extremo sureste de

Europa, hubieran tenido un paisaje de Rock-Olas? Un paisaje acústico de platos girando disco a disco. Y no solo con los tulipanes de Amsterdam, las rosas de Estambul, las palmeras de Hawai y el cóndor de los Andes.

¿Debo indicarles lo que falta? ¿Que les falta la galería de retratos del intelectual con los dos gabinetes dedicados a "los emba-ladores" y "los arreglistas"? ¿Y qué pasa con la colección de fieras? El mono en el cohete, el mulo en las tropas de montaña, el caniche en el concurso de belleza, el cobaya en el laboratorio...

Ya estoy oyendo su pregunta: ¿Utiliza usted pseudónimo? ¿Y que pasaría si el nombre supuesto fuera aquel que registraron en mi partida de nacimiento?

Pero por qué se van a interesar por el hecho de que un día me introduje en mi ombligo y viví una historia de caballerías terrorífica. O que en una ocasión fui a un banco de esperma en busca de posibles padres, es decir, disponibles.

Lo que encontraron en mi escritorio pareció bastarles. Porque si hubieran seguido buscando, habrían encontrado algo muy distinto. Y eso me sorprende. Se dieron por satisfechos antes de lo que me esperaba. Aunque no fueron descuidados, si pienso en la precisión con que confeccionaron la lista. ¿O quizás su aparición no fue más que una cuestión de forma? El marcado celo con el que procedieron quizás se deba a su falta de interés. ¿Tal vez tenían algo que ocultar? Ahora me doy cuenta de que no les pregunté por sus placas.

Si hubieran seguido buscando habrían encontrado más cosas. Un gran paquete de papeles o de documentos, como les gusta llamarlos. No habrían tenido más que mirar en la estantería detrás del escritorio y se habrían tropezado con los "Papeles del Inmune". Que estuvieran debajo del papel de la máquina fue pura coincidencia. Pero demuestra que el papel no escrito constituye un excelente escondite.

En cualquier caso me han dejado esta carpetita. Con cuadernos del colegio en los que por lo general solo se han utilizado las primeras páginas. Me gustaría saber en qué circunstancias se tomaron algunas notas como:

"Supongamos que los totalitarios se hacen con el poder. Si tuviera que esconderme, ¿a qué personas de mi círculo de

amigos y conocidos recurriría? Una pregunta así excluye a gran parte de los allegados, solo cabría considerar a aquellos con los que no se trata uno demasiado. Una amiga me explicó, con motivo de este ejercicio, que conocía una pregunta similar, que rezaba: ¿A quién escondería yo?"

Y también me pregunto con motivo de qué escribí: "Polyoutros. Probablemente originario de Macedonia, vivió en el segundo siglo después de Cristo. A pesar de ser griego, escribía en latín. De su voluminosa obra (?) no se ha conservado más que la frase: *Natura hominis arte facta est*. La naturaleza del hombre ha sido creada con arte, constituye un artefacto".

En la misma carpeta hay unos cuantos recortes de periódico y algunos papeles. A veces con una sola pregunta: "¿Cómo actuar sin hacer nada?" Y también el borrador de un discurso que puede pronunciarse con ocasión de cualquier evento y bajo cualquier régimen, el bosquejo de una parca telefónica que corta su hilo vital al colgar el auricular. Y, entre otros planos, uno de un simulador en el que se vea uno expuesto a la experiencia de la felicidad.

Pero también algunos manuscritos ordenados. Es posible que a un detective y a un comisario no les interese demasiado el destino de una invitación en manos de un hombre con dedos mecánicos, o cómo uno le cuenta a otro la nostalgia que siente por su tierra. ¿Por qué les iba a importar que un anciano intente hablar con un niño, o un desayuno tras una noche de amor? Aunque se podría pensar que, por pura deformación profesional, quizás les interesara saber qué clase de noticia puede recibir uno en Malakka, y qué consecuencias tuvo la catástrofe ocurrida en el gabinete de figuras de cera. Y ellos, que están tan obsesionados por saber a qué hora se encontraba uno en dónde, qué pensarían de uno que vive en la cabeza de otros y que tiene que acomodarse a la era del "boutiquismo"? Aunque un campesino rebelde les fuera indiferente, ¿no tendrían que aguzar el oído y considerar de su incumbencia a un asesino de muñecas o aquel hombre que se echa a un lado y asesina con la palabra?

Todo esto les habría acercado al Inmune que buscan. Pero lo dejaremos para más adelante, si es que hay ocasión. De momento, estoy sentado a una mesa.

Si, por ahora existo.

¿Que qué tal me va? Gracias, voy tirando. He estado vivo durante toda una vida. Y esto me vuelve a sorprender. A veces me pregunto: ¿cómo lo consiguen los demás? 

¿es usted? ¿es usted inmune o no? buscaban al Inmune, qué risa, qué risa qué risa qué risa, risa qué risa, hablaban de él como si fuera una víctima, una víctima una víctima una víctima, y luego la pregunta capciosa: ¿es usted inmune o no? qué risa qué risa qué risa, ¿es usted? ¿es usted inmune o no?

HugoLoetscher
Zúrich·29



máQuinas y humanOs

Apenas acaba de asomar el sol, una mancha borrosa entre espesas nubes plumizas, y el oficial, ajustándose el cinto ante el espejo, se siente ya vagamente aburrido e irritado por la obligada visita a la fábrica de productos químicos, pero es un requisito previo para lograr el permiso, tantas veces postergado, de volar a la capital donde debe entregar el informe. Eso le permitirá visitar a su esposa, inmovilizada en la cama por una enfermedad incurable y a la que no ve desde hace meses. Es una ocasión que no quiere perder. Quizás sea la última despedida. Se resigna y sale a la calle, donde le espera la limusina.

En la fábrica se están llevando a cabo las primeras pruebas de un nuevo modelo de horno, una máquina experimental cuyos mecanismos adyacentes mejoran considerablemente el rendimiento. En un gigantesco hangar, casi al amanecer, se encuentra con media docena de ingenieros y funcionarios, todos ateridos de frío y golpeando el suelo con los zapatos. Hace un tiempo de perros. Se saludan formulariamente y comienzan la visita.

El proyecto lo dirige un técnico de fama mundial, viejo, aquejado de asma y artritis. Las explicaciones llegan a oídos del oficial entrecortadas de silbidos y gargarismos, casi ininteligibles. Siente un profundo malestar, pero se apiada del ingeniero, hombre casi anciano, doblado en dos, sacudido por toses y estornudos, obligado por sus jefes a hablar entre jadeos de su nueva turbina, la cual transforma la materia viva en inorgánica, como las modernas plantas incineradoras de basura.

Hastiado de no entender apenas una sola palabra, ensimismado en sus pensamientos, el oficial se queda absorto cavilando sobre esa materia orgánica, viviente, que gracias a la energía térmica se vacía de todo pensamiento y sensibilidad para acabar convertida en fosfatos minerales, los cuales servirán más tarde para la fabricación de forrajes. A través del consumo animal, esa materia primitiva volverá a ser orgánica, regresará a la vida, piensa el oficial, en una metamorfosis vertiginosa, imposible de comprender, abismal, porque es la vida misma del animal lo que insuflará la vida a la materia inorgánica en un proceso mágico, o más bien divino, sobrenatural. Suspira y vuelve a escuchar distraídamente al ingeniero, mientras consulta con disimulo su reloj.

Esta es una de las escenas más espeluznantes de la inmensa novela *Vida y destino*, de Vassili Grossman (modificada para uso propio). En el relato del novelista ruso, al día siguiente de su visita, el oficial, el Obersturmbannführer Liss, deberá informar a Eichmann sobre el nuevo horno crematorio que se está construyendo y valorar sus ventajas sobre los antiguos. La materia orgánica a la que se refiere el ingeniero y en la que piensa Liss no es otra que los cuerpos de millones de judíos que van a ser incinerados. Para Liss, para Eichmann, esos millones de cuerpos son un considerable problema y un desafío técnico. No es fácil deshacerse de ellos. Durante su juicio en Tel Aviv, Eichmann repetirá una y otra vez el colosal esfuerzo que hubo de hacer para llevar a cabo la orden del Führer. Le parecía injusto que no se le reconociera algún mérito.

Recuerdo el espanto que me produjo la lectura de una carta (creo recordar que de la empresa Thyssen) en la que otro ingeniero informaba al Reich sobre las ventajas del Cyclon B mejorado, el gas usado en las cámaras de exterminio. El director de la firma se felicitaba porque la nueva composición del gas cerraba compulsivamente los esfínteres del cuerpo humano en el momento de la muerte, de manera que la limpieza de las cámaras se vería muy mejorada y los empleados no tendrían que soportar el hedor de las heces.

Era la misma retórica que hoy emplea la banca o el comercio para exponer las ventajas de un producto.

Algo muy serio cambió, una línea tenue se traspasó, cierto elemento casi invisible, pero esencial para la supervivencia de la especie, se malogró durante el siglo XX. Me temo, sin embargo, que aún no sabemos de qué se trataba, qué fue lo que cambió, qué puerta cruzamos, qué mínimo y esencial elemento perdimos como vírgenes necias.

Vamos alargando el plazo de entrega de la respuesta como quien retrasa un examen ineludible. Parece prudente, pero es infantil. Millones de ojos nos miran desde la oscuridad, y no están en el más allá sino dentro de nosotros mismos, enterrados en nuestra conciencia.

Algún día habrá que subir a la tarima y dar explicaciones.

eros y thanatos

Mi amigo Javier R, que estuvo haciendo prácticas en el célebre Hospital Cochin de París, me cuenta una de las más bellas historias del verano. Como médico de plantilla, tuvo acceso a dos de los historiales ultrasecretos de la política francesa, el del general De Gaulle y el de Mitterrand, nunca publicados. Si se juntan los dos, dan una novela a lo McEwan.

Cuando Mitterrand cumplió los sesenta y cuatro años, el doctor Adolf Steg, jefe de la sección de urología del Cochin, le diagnosticó un cáncer de próstata. Se podía intervenir y no presentaba mayores problemas para la supervivencia del enfermo, pero era imprescindible un bloqueo hormonal. Lo que el doctor ignoraba es que Mitterrand estaba enamorado.

El presidente de la república le preguntó a Steg si una vez practicada la intervención podría seguir manteniendo relaciones sexuales completas. El doctor le dijo que desgraciadamente debería despedirse del uso de su instrumento, pero que había otros modos de mantener una relación amorosa sin necesidad de echar mano, valga la expresión, de lo más clásico. Mitterrand, un escéptico del siglo XVII trasladado al siglo XX, se negó a la intervención. Sólo admitió curas parciales.

A los setenta años se le produjo la metástasis que lo conduciría a criar malvas. Murió amando, es cierto. Lo que no sabemos es si su amante habría preferido que durase más, aunque fuese al precio de divertirse de otro modo. Nunca la consultó sobre este punto.

de azúa / félix de azúa / de azúa

Al general De Gaulle le sucedió algo similar, pero así como Mitterrand puso por encima de su propia vida el intercambio de fluidos con su novia, el general tendió a la Patria en el lecho de la dama, seguramente con no menor ímpetu amoroso.

En 1968 el célebre doctor Abouker le diagnosticó un adenoma de próstata. Requería una intervención inmediata, pero estaba de Dios que todo debía coincidir en aquella señalada primavera del 68 para que el general diera pruebas de su patriotismo, así que los franceses se lanzaron a ese ejercicio físico llamado revolución y el general no tuvo más remedio que posponer el quirófano para salvar a la Patria.

Anduvo siete meses con sonda, una experiencia que quienes la han pasado dicen que es más o menos como llevar un nido de ratas hambrientas entre las piernas. Así se mantuvo, estoico soldado de las legiones romanas, hasta que los franceses decidieron que la juega había concluido y volvieron a sus casas, al trabajo, a las aulas o a los cafetines. Entonces se operó. Y una vez operado, se jubiló.

He aquí dos casos de sacrificio difíciles de analizar. ¿Se sacrificó Mitterrand por su novia, o por su vanidad? ¿Y De Gaulle, lo hizo pour la France, o por esa satánica soberbia que todo el mundo le atribuía?

¿Creyó Mitterrand que su amante lo abandonaría en cuanto se cerrara el grifo del fluido? ¿No sería eso tenerla en muy pobre estima? ¿Creyó De Gaulle que si le aparcaban unas semanas, la Francia entera se iría a hacer gárgaras? ¿No es eso tener en muy bajo concepto a sus compatriotas?

Lo dicho. Una novela. Padre e hijo, una próstata hereditaria, el oscuro objeto del deseo, los viejos soldados, los modernos políticos, el eterno masculino, etcétera.

maneras de verlo

Sobre la dificultad de interpretar algunas figuras retóricas y en especial la ironía, ilustra el siguiente ejemplo tomado de la correspondencia de Shostakovich.

En 1957, durante una visita a Odessa, donde acudió para dirigir alguna de sus obras con motivo del aniversario de la creación de la República Soviética de Ucrania, el compositor escribe una carta a Isaak Glikman cuyo contenido (resumido escuetamente) es el siguiente:

"Salgo del Hotel".

A continuación, Shostakovich copia la lista completa de los altos cargos del Politburó cuyos rostros adornan las calles preparadas para la festividad. Escribe luego:

"Entro en el Hotel".

Y le sigue de nuevo la misma lista completa de los altos cargos del Politburó.

El comentario de Zinovy Zinik, de quien tomo la anécdota, es sorprendente: Shostakovich podría haber sido el Warhol de Rusia. Sus manifestaciones políticas podrían interpretarse como una burla, como un rechazo, como testimonio de una admiración, como extática contemplación, como neutralidad fría, como adhesión indestructible, como mera descripción desinteresada, y así sucesivamente.

Casi con toda seguridad, el músico se mofaba del aspecto grotesco de la propaganda soviética, pero es cierto que no puede afirmarse rotundamente, del mismo modo que no podemos afirmar que en sus series sobre accidentes automovilísticos no se sintiera Warhol atraído por los cadáveres atrapados entre los hierros. ¿Rechazo horrorizado del infierno sobre ruedas, o sexualidad fetichista?

Todos los que tenemos la temeridad de hacer públicos nuestros escritos, hemos sentido el desasosiego que produce ser interpretados al pie de la letra cuando estábamos ironizando. Y viceversa. Es como aparecer en la fiesta de cumpleaños inadvertidamente en calzoncillos. Uno se ve a sí mismo vestido con el exigible decoro, pero advierte en los rostros del personal que algo no funciona como es debido. Desasosiego.

No hay remedio, evidentemente: la gracia de las figuras altivas, como la ironía, el sarcasmo, lo que los ingleses llaman innuendo (¿insinuación malévola?), y otras figuras similares que precisan un contrato no realista con el lector, es

justamente su ambigüedad. Si fuera tan fácil separar las churras de las merinas, la ironía carecería de sentido.

Cuando uno es malinterpretado, o cuando, por ejemplo, recibe una reprimenda moral por haber narrado un banquete fastuoso haciendo caso omiso de los lectores que pasan hambre, en lugar de reaccionar con ira es conveniente percatarse de que el mecanismo de la distancia ha funcionado. Y que algunos lectores, aquellos con menos sentido de la ironía, atrapados por su incapacidad se ven en la obligación de identificar a un culpable. Para ellos, no entender es sinónimo de error ajeno.

Ciertamente, siempre es mejor tomar al otro por idiota que verse obligado a asumir que uno es tonto.

La ironía es modesta, pero se disfraza de altivez. De ese modo destapa la soberbia de los que van disfrazados de modestos.

máQuinas y humanOs cerr
aba compulsivamente
los esfínteres del cuerpo
o humano en el momento
de la muerte
efos y thanatos próstata
hereditaria el osc
uro objeto del deseo los
viejos soldados los mod
ernos políticos
manefas de verlo atraído po
r los cadáveres atrapa
dos entre los h i e r r o s

regalo de cumpleaños

Una silla de ruedas se atravesó en mi camino. Los soportes de plástico y metal donde el anciano apoyaba sus pies golpearon mi pierna. No pidió disculpas. Sonrió. Me apuntó con su índice –un dedo huesudo, largo y afilado– y me preguntó si podía regalarle un bolígrafo. Le miré al rostro, me resultaba muy familiar su nariz aguileña, los ojitos cansados y aquella barba no muy tupida y cana. Sin dudas, el anciano era el calco del viejo Jefe de Estado y Gobierno.

–¿Podrías regalarme un bolígrafo? –dijo.

El anciano peinó con sus dedos las pelusas grises de su cabeza y la barba. Luego de alisar los pliegues de su mono deportivo Adidas me señaló con el índice afilado y dijo ¿Tú crees que sea una dicha cumplir ochenta años?

Di un paso atrás. Justo ese domingo de agosto el Presidente cumplía años. Precisamente ochenta. Y aquel anciano, que había salido a mi encuentro para pedirme un bolígrafo y cuyo rostro y maneras eran demasiado parecidas a las del viejo Jefe de Estado y Gobierno, me preguntaba si era una dicha llegar a esa edad. Advertí que había puesto las manos en las ruedas de su sillón, pero no supe sino cuando sentí un fuerte golpe en mi pierna que lo hizo para tomar impulso.

–¿Tienes un bolígrafo, por favor?

El dolor me acuchillaba la piel, los músculos, el hueso. Me agaché. Mientras remangaba la pata de mi pantalón se acercó para preguntarme si estaba herido.

Le mostré la pierna.

Me había golpeado dos veces sobre la misma tibia. Nada de sangre. Por suerte.

Si algún detalle me llevaba a pensar que el anciano no podía ser el Presidente era *La Proclama*. En aquel texto, publicado en la prensa y escrito con su puño y letra, el viejo Jefe de Estado confesó su delicado estado de salud. El estrés, las pocas horas de sueño y una crisis intestinal aguda lo llevaron al quirófano. En *La Proclama* advirtió que el proceso de recuperación sería largo. Muy largo quiso decir.

–No estoy herido –dije–, pero mañana tendré dos moretones.

–¿Hematomas? Eso no es nada, chiquito, cuando quieras saber de accidentes en la pierna llámame y te diré.

El anciano se inclinó para mirar y me pronosticó unas horas de dolor, Mañana no recordarás el golpe, soy muy bueno en los pronósticos, créeme, yo sí sé cuándo algo es en verdad muy serio, ¿ves esto? En la rodilla de la pierna izquierda tenía una cicatriz, también me advertió que tuviera cuidado con los insectos mientras señalaba, en el mismo pie, la huella de una picada.

–¿Alguna vez te fracturaste la rótula, chiquito? ¿Sabes algo de la linfangitis? Si tienes dudas o te accidentas llámame y te diré qué hacer, recuerda siempre que soy muy bueno con los pronósticos.

Intentó bajar la pata de su mono deportivo, pero le costaba doblar el torso. Sentí un leve quejido. Tosió. Me agaché, ¿Se siente bien?

Sin embargo me esquivó.

–Es la operación –dijo, sin mirarme, y con el índice apuntó a su vientre.

Vi en el rostro del anciano un leve gesto de dolor.

–¿Le ayudo?

Estaba anocheciendo y quería regresar temprano a mi apartamento. Volví a preguntarle si necesitaba ayuda y tampoco respondió. Pensé que no valía la pena insistir, antes de despedirme lo felicité por su cumpleaños y le deseé una gran noche. Cuando me dispuse a hacer el camino de regreso a mi casa impulsó la silla, se atravesó en mi camino y me preguntó si tenía un bolígrafo.

Revisé en mi bolso, tenía dos.

Saqué una de las Bic, las había comprado el día anterior. Tinta negra, se deslizan muy bien sobre el papel. Son baratas. Son las que siempre compro.

El anciano extendió su mano. Al acercarle mi Bic me apuntó con el índice. Entonces nos miramos. A los ojos. Fijamente. Y delante de mí tuve aquella nariz aguileña, los ojitos cansados pero todavía vivaces, las pelusas grises de la barba y el pelo, y una fugaz contracción de los músculos del rostro.

–Eres muy amable. Lo tomaré como un gran presente, si no lo sabías hoy cumpla ochenta años. ¿Será una enorme dicha cumplirlos, chiquito?

Eran las siete de la noche de un domingo de agosto. Exactamente era un 13 de agosto del año 2006 y estábamos en una avenida de El Vedado. En la intersección de 23 con la calle I me había salido al paso aquel anciano recién operado en el vientre, que para mayor coincidencia cumplía años justo el mismo día que el Presidente.

–Felicidades –puse el bolígrafo en sus manos.

Le quitó el casquillo. De un bolso colgado de los manubrios del sillón sacó un bloc azul. En la última hoja comenzó a garabatear.

Le dije que el bolígrafo era nuevo e hizo un gesto con su cabeza y la mano. Sin dudas me escuchó, un leve gesto lo indicaba, sin embargo no dijo nada y siguió con sus garabatos.

Lo dejé hacer.

Mientras, miré a los alrededores.

Estábamos solos en una esquina de El Vedado.

A pesar del gran parecido entre ambos el anciano no podía ser el viejo Jefe de Estado y Gobierno. El cuerpo de seguridad personal no parecía andar por los alrededores –tampoco el equipo médico que seguramente debía monitorear durante todo el día la salud del Presidente–, el tráfico no había sido interrumpido y ni los Mercedes blindados ni el resto de los autos y motos que antecedían y cerraban la caravana presidencial estaban estacionados en la avenida.

–¿Quieres arreglarme el pantalón? No puedo hacerlo, ayúdame –dijo, sin mirarme.

Ya no dibujaba garabatos, tenía frente a sí las primeras hojas de su bloc y hacía pequeñas marcas en varios párrafos que al parecer había escrito antes de encontrarnos.

Volví a mirar a los alrededores, nadie cercano a nosotros parecía pertenecer a un supuesto cuerpo de guardaespaldas o al team médico. Era la misma ciudad de todas las noches, porque el cotidiano flujo de personas y autos se mantenía a lo largo de la avenida y en las intersecciones. Incluso, por nuestra acera se acercaba un grupo de adolescentes.

–¿Qué te tiene tan nervioso? Tranquilo, chiquito, sabes que estoy solo. ¿Crees que este domingo será una dicha para mí?

Me agaché. Las piernas del viejo eran flacas, pálidas. Vi entonces la cicatriz en la rodilla. Unas puntadas muy finas. Quería tocar la herida. Lo haría, quería tocarla y debía hacerlo, con mucho cuidado, al bajarle la pata de su mono deportivo.

Escuché risas. Miré arriba. Del grupo de adolescentes dos muchachas todas de negro y piercings señalaban hacia nosotros. Uno de los varones del grupo dijo que el supuesto viejo Presidente se parecía al viejo Presidente, ¿Le cantamos un *Happy Birthday*? Las muchachas dijeron sí, se tomaron las manos y comenzaron a cantar.

Los vi alejarse.

Y vi que el anciano se volvió para verlos.

Sonreía.

Cuando los perdió de vista me preguntó si estaba apurado.

Mi único plan era regresar temprano a mi casa. Quería llegar, tomar un baño, comer y acostarme, tal vez pondría un poco de música antes de dormir. Era mi plan y se lo dije.

–Qué bien que tengas un plan –dijo sin mirarme–, me alegro por ti.

Le di unas palmadas en el hombro.

Dejó la Bic sobre el pequeño cuaderno de notas y tomó mi mano. El anciano tenía las manos tibias. Tosió, Es bueno tener un plan para una noche de domingo, chiquito, no sabes cuánto me alegra haberte conocido.

Antes de marcharme le deseé una gran noche.

Mientras hacía el camino rumbo a mi apartamento me llamó la atención un enorme cartel colgado en la fachada del caserón de la Unión de Periodistas. Era una enorme tela azul rotulada con letras blancas: *80 y más*. Se movía bajo las suaves andanadas del viento. El cartel, que se podía leer desde lejos, tenía impresa solo aquella frase. Dos dígitos y cuatro letras sobre un fondo azul, muy oscuro, nada más, una frase tan breve como el mensaje que el viejo Jefe de Estado y Gobierno escribió para ser publicado en la prensa el día de su cumpleaños. El mensaje estaba ilustrado con varias fotos y desde las páginas del diario el viejo Presidente sugería a los lectores que fueran optimistas y se prepararan para escuchar cualquier noticia adversa. Tal vez muchos esperaban un texto más alegre –al menos yo lo esperaba–, sin embargo, justo el día de cumpleaños ochenta, de su puño y letra y con todo el aplomo posible nos advertía que debíamos prepararnos para lo peor.

–80 y más –dijeron tras mi espalda, era la voz arenosa del anciano del sillón de ruedas–. Qué bello el cartel, chiquito, me gusta, ¿acaso será una dicha cumplir 80 y más?

Si en verdad el anciano era el viejo Jefe de Estado y Gobierno aquel domingo de agosto transcurriría sin novedad. No habría ninguna noticia adversa. Salvo la imposibilidad de doblar el torso parecía estable. Y lo estaba, porque al escuchar su voz me di la vuelta y lo ví impulsando su sillón en dirección hacia mí. Supuse que me estuvo observando desde el momento mismo en que nos despedimos. Tan pronto me vio reparar en él dijo que fuera a su encuentro.

Ya estaba casi frente a él cuando impulsó la silla.

Y no pude esquivarlo. Los agudos latidos volvieron a encajarse en mi pierna. La misma.

–Es muy bueno tu bolígrafo. Cuántas ideas me venían a la mente y yo sin poder anotarlas. Cientos de ideas, miles de ideas,

millones de ideas, chiquito. Temía perderlas –levantó su brazo y apuntó con mi Bic al cielo–. Es el mejor regalo del mundo. Por cierto, ¿tienes algún plan?

Negué con un gesto.

Y miré a su rostro.

El anciano peinó su barba y sonrió.

–Yo sí –dijo–. En mi próxima reencarnación quiero ser escritor. ¿No es un gran plan? ¿Te gustaría serlo?

Me encogí de hombros. Para esta vida solo me había propuesto darle sentido y forma a tres proyectos. Uno dependía de varios bocetos que se resistían a pasar del simple esbozo de las ideas –tenía varios pliegos de cartulina, tempera y pinceles, pero no me decidía por ninguno de los bocetos–, la serie de fotos que quería hacer esperaba por la respuesta de dos modelos, el tercer proyecto era una tozudez aparentemente cercana a la literatura: una suerte de bitácora o cuaderno personal. Ahorré dinero para hacer mis proyectos, también decidí participar en un ciclo de charlas sobre literatura y filosofía, además le propuse a un amigo escritor y fotógrafo –en cuyo récord tenía un par de exposiciones personales, otra colectiva y tres libros publicados– trabajar a dúo en la serie de fotos. Le dije al viejo que ese era mi plan o parte de mi plan para esta vida, Nunca pensé en la reencarnación.

–Aunque no lo creas lo que me has dicho también es literatura, pero presumo que no tienes un verdadero plan. Le veo muchas lagunas. Piénsalo bien, chiquito, hazte de un verdadero plan y piensa desde ya lo que te gustaría ser en tu reencarnación. ¿Qué prefieres leer?

Hice un inventario de cuanto tenía en mi biblioteca: mucha ficción, ensayos, una familiar colonia de poetas, Soy un pésimo lector de poesía.

Sonrió.

Hizo una mueca.

Tosió y dijo Ten en cuenta las lagunas, las tienes, debes trabajar en ellas, pero eso lo harás a partir de mañana, anda, vamos.

El anciano hizo una aparatosa maniobra para impulsar su sillón hasta el bordillo de la acera. Una vez junto al contén pidió ayuda, quería bajar a la avenida. Tan pronto alcanzó el asfalto dijo que prefería hacerlo solo.

Íbamos por 23 en dirección a L, avanzábamos calle abajo contrario al tráfico. A mitad de cuadra me brindé para ayudarlo a

impulsar el sillón de ruedas. Pero se negó. Y seguimos. A ratos lo miraba, pero con el cuidado de no ser sorprendido.

Al anciano le resultaba imposible ocultar las contracciones de su rostro cada vez que el sillón se sacudía al caer en algún pequeño bache. Cuando apenas faltaban unos metros para llegar a la esquina de 23 y L me preguntó si tenía algún plan.

–¿Y tú tienes alguno? –dije.

–¿Te parece bien entrar a Radio Centro y ver una película? Me gustan. ¿O prefieres ir al mar? Te pregunto porque hoy es mi cumpleaños. He cumplido ochenta. ¿Qué piensas de eso? ¿Es una dicha? Me gustaría saber qué piensas, pareces un buen tipo, no eres de los que mienten, al menos eso es lo que leo en tus ojos.

El anciano me dio un codazo y se impulsó justo cuando el semáforo cambió a verde. Los automóviles que cruzarían 23 para continuar su rumbo por la calle L se habían puesto en marcha, sin embargo el anciano no se detuvo. Se escucharon gritos, chirridos de neumáticos, palabrotas y maldiciones. Cuando el semáforo para peatones indicó el cruce intenté alcanzarlo.

–Vamos al mar –dijo una vez llegué a su lado.

Seguimos contrario al tráfico rumbo al malecón. Íbamos en silencio, yo caminaba sobre el contén y él a cierta distancia del bordillo. Temerario. Sin proponerle nada bajé a la calle y decidí ponerme a su derecha para obligarlo a acercarse al contén, porque la avenida 23 dejaría de ser una pendiente suave en tan solo unos pocos metros. Los dos lo sabíamos. Ante nosotros tendríamos una larga y brusca caída. El anciano contuvo la marcha, me tomó una mano.

–¿Podrías llevar las riendas de mi vehículo?

No miramos.

Tras una muequita con sus labios sonrió y dijo Me he acordado de algo, ya sabes, necesito tomar unos apuntes, no es más que un par de notas, pero sabes que tengo un gran plan para mi reencarnación.

Asentí. Le di un suave apretón en el hombro. De haber sido aquel anciano el viejo Presidente ya no era el militar corpulento que yo tenía en mi memoria. Al ponerle la mano sobre el hombro toqué puros huesos. Sin embargo pesaba. Y me costó no ceder ante la inercia con la que ya comenzábamos a andar

pendiente abajo. Al llegar al primer semáforo me detuve. Se volvió hacia mí, sus ojitos cansados se encendieron, eran dos pequeñas teas. Pero no dijo nada. Abrió su pequeña libreta y comenzó a escribir.

El camino hasta el litoral transcurrió en silencio. El anciano estaba absorto en sus notas y yo lo miraba hacer mientras me encargaba de llevarlo, sano y salvo, al borde mismo de la isla. Solo interrumpió sus apuntes cuando llegamos a la avenida que se extendía a lo largo del malecón.

–Lo haré solo, conduces como una niña. No eres temerario al volante y te temo, no puedes imaginar cuánto miedo me das. ¿O acaso me equivoco y sí eres un tipo diestro con el timón? Yo no lo veo en tus ojos y tampoco tienes un verdadero plan. Pero eso no importa, no sabes cuánto me alegra haberte conocido, ha sido una verdadera dicha.

Solté el manubrio.

Me dio un codazo.

–Por favor, chiquito, no te retrases –dijo y me dio su bloc de notas para que lo guardara en su bolso–. Ponte al lado mío.

Comencé a caminar junto a él.

Gritos, chirridos de neumáticos. Palabrotas y maldiciones. Las duras miradas de los conductores se encajaban sobre nosotros, sin embargo el anciano seguía impulsando el sillón, sin mirarlos. Y también ignoraba los rostros atónitos de los transeúntes y de quienes decidieron terminar aquel domingo sentados en el litoral.

Al llegar al bordillo de la acera opuesta se levantó. Mientras lo hacía contraía el rostro y se apoyaba de las barandas de la silla de ruedas. Me espiaba con el rabillo del ojo, así supo que lo observaba, entonces se alisó las pelusas grises de su barba y la cabeza. El anciano tragó una gran bocanada de aire y llevó sus manos a la cintura. Con pasitos cortos se acercó al largo muro del Malecón. Justo en el momento en que me disponía a poner el sillón junto al muro, con su índice afilado me prohibió hacerlo. Déjalo ahí, chiquito, déjalo parqueado ahí si no te es molestia, por favor, por cierto, necesitaré mi libreta de apuntes y la prensa. Tráelos, chiquito, están dentro de mi bolso.

Decidí llevarle el bolso para que fuera él quien los buscara.

–¿Me ayudarás a subir? –dijo un par de palmaditas sobre el muro.

Con ambas manos tocó el muro, las deslizaba como en una añorada caricia. Cuando me vio junto a sí dijo Estoy esperando, chiquito, ayúdame de una vez.

Nos sentamos en el muro.

Los pies colgando sobre el arrecife.

Se volvió hacia el faro de la bahía. El cono de luz caía en picada sobre el mar, giraba y en su barrida dejaba al descubierto las esquivas de agua y salitre al romper las leves olas contra las rocas. De espaldas a mí extendió su mano abierta y sobre ella puse el bolso. Del interior sacó el bloc, del bolsillo de su guerrera Adidas el bolígrafo.

Mientras escribía me dispuse a leer la prensa. Releí el mensaje que el viejo Presidente había escrito. Vi su firma, también la enorme foto en la portada. *Me siento muy feliz* –decía el titular–. A pesar de que sus ojitos parecían cansados en las pupilas estallaban dos puntas de luz. Y sonreía. *Me siento muy feliz, chiquito* –lo imaginaba hablándome desde las páginas del periódico–, *¿no será una dicha cumplir ochenta años?, ¿será?*

Aquella edición dominical del *Juventud Rebelde* tenía un dossier dedicado al cumpleaños del viejo Jefe de Estado y Gobierno. El carboncillo de dos pintores había convergido en sus trazos para dibujar un tocororo posado una palma. El pequeño pájaro nacional, con el grado militar del Presidente incrustado en las plumas del pecho, descansaba –sobredimensionado y con un ala abierta– encima del árbol. La palma real se doblaba bajo el peso del desproporcionado pajarito. Dentro del dossier había otros dibujos, fotos, incluso una caricatura. El Presidente, en una de las fotos, sostenía dos trofeos y hablaba con Ernest Hemingway. Uno de los artículos los firmaba García Márquez, en el texto pude leer que el propio Jefe de Estado dijo *En mi próxima reencarnación quiero ser escritor* –según García Márquez el viejo Presidente gustaba de escribir y lo hacía bien, incluso dentro de su Mercedes en marcha, en unas libretas de apuntes empastadas en plástico, que siempre tenía a mano–. Si el viejo Presidente deseaba en su otra vida convertirse en un escritor algo había adelantado para su futuro proyecto de escritura. Y recordé entonces el gran plan que el anciano de la silla de ruedas había tramado para su supuesta reencarnación. Pero la luz de las farolas de la avenida no era suficiente

para leer los artículos. Decidí leer al azar y en otro artículo encontré un fragmento que fue publicado en el *Miami News* en abril del 59. Era parte del testimonio de un deportista y pescador de Arizona que viajó a Cuba en plan de turismo. El americanito contaba que el viejo Presidente, por entonces un atlético mozo de treinta y tres años, vestido de oliva, con grados de comandante y el cargo de Primer Ministro, se paraba en el bote y le destrozaba los nervios y quebraba el monótono ruido del motor fuera de borda con los disparos de una ametralladora. El atlético Primer Ministro le disparaba a las agujas que nadaban en la Laguna del Tesoro, también a los patos.

Dejé la lectura y salté a la página última del diario. Comencé a comparar los detalles de cada foto con el rostro que, desde las siete de la noche, tenía frente a mí.

–¿Qué haces? –dijo.

Me sorprendió mirando su perfil y a la página del periódico.

No pude sino decirle la verdad.

Sonrió.

–Son bastante buenas –comenzó a peinarse la barba con los dedos y también alisó las canas de su cabeza–. ¿Te parece? ¿Sabes que precisamente hoy es mi cumpleaños? Y estoy aquí, frente al mar, escribiendo, solo, sin que nadie me moleste.

El anciano notó mi entrecejo fruncido, me dio un codazo, luego puso sus dedos en mi mentón y lo sacudió suavemente. No te molestes, chiquito, es una manera de decir, tu reacción ha sido una gran lección para mi plan, sabes que tengo un gran plan –y me dio otro codazo–, en tus ojitos veo que tienes talento para las artes y las palabras, sabes apreciar pero necesitas entrenamiento.

Intenté decirle que había tenido una tonta reacción, pero puso su mano en mi boca y dijo Solo quise preguntarte o preguntarme cuánto de dicha tiene cumplir ochenta años y a la vez estar sentado frente al mar escribiendo.

–¿Es una dicha? –preguntó.

Y volvió a taparme la boca.

–Ya sé que dirás. Por cierto, también he tenido suerte al encontrarte. Gracias por el regalo, es muy útil para mi plan. Tengo un plan y te contaré de qué va...

Hizo silencio. Le pregunté qué le sucedía. Tenía una operación en el vientre, le dolía y estábamos frente al mar, tragando el

salitre, al amparo de la madrugada luego de un largo trayecto en una silla de ruedas. Temí una recaída, volví a preguntarle, pero me puso nuevamente la mano en la boca. Con su índice afilado señaló hacia el mar. Cada vez que el haz del faro barría la superficie develaba los contornos de un bulto a la deriva.

–¿Es un submarino o un iceberg? –dije esperando su sonrisa.

–Carajo, chiquito, deja descansar a Hemingway. ¿Crees que era el más grande, que todo lo que hizo era bueno? Cazaba, iba de pesquería, tenía un cementerio de perros en el patio de su casa, fue a la guerra y escribía. Pero no era infalible. Créeme, lo vi en sus ojos. Recuerda, en todo plan hay lagunas, recuerda siempre que se pegó un tiro con el dedo gordo del pie.

–Creo que es una balsa. Es un pescador.

–Mira bien, chiquito. ¿O necesitas unos prismáticos? Tengo uno en el bolso, sácalos. Y mira bien. ¿No te parece que eso es un sarcófago?

El bulto navegaba no muy lejos de la costa. Pero era de noche y se diluía en la bruma. Esperé a un par de barridas del haz del faro. El anciano tenía razón: frente a nosotros, a varios metros del arrecife, flotaba un sarcófago.

–¿No te parece una bella imagen? Me gustaría escribirla. Es bella la imagen de un cadáver navegando dentro de su caja. Un muerto que navega frente al país donde nació, el mismo país que navega junto a él. Aunque no estamos muy seguro de que ese muerto sea un cubano. ¿Ese muerto será nuestro? Debería serlo.

Sentí un fuerte golpe en mis costillas.

Nos miramos.

Me había dado con el codo.

–Y lo será –dijo–, ese muerto será nuestro, carajo. Chiquito, tenemos un hallazgo, ¿no sientes que nos movemos?

No quise recibir otro codazo y le respondí que teníamos todo un hallazgo literario.

–Me gustas, eres muy listo. ¿Qué crees de esta imagen?: Un país desprendido del lecho marino que flota a la deriva. Es una bella imagen. Escribiré eso. Por cierto, ¿te gusta la literatura?

–Prefiero la ficción, también leo ensayos...

–Seguro eres un pésimo lector de poesía –dijo, no me dejó terminar–. Lo veo en tus ojos, no puedes mentirme. Ah, la literatura... La literatura es algo tremendamente bello. Dentro de la literatura, todo. Recuérdalo, pero no lo tomes como un consejo sino como un mandamiento.

Tres veces repitió la misma frase. La primera vez me apuntó con su índice afilado, en la segunda repetición me hincó con su uña en el hombro. En la última encajó la punta de su índice en las páginas del bloc.

–¿Quién irá navegando dentro del sarcófago? Es una buena pregunta –se hablaba a sí mismo, en voz alta–. Es una gran pregunta, un hallazgo para mi futuro plan.

Me dio un codazo:

–Un cadáver recorre las aguas que rompen en el arrecife. El sarcófago, manchado por la mierda de las gaviotas, deja una pequeña estela mientras bojea una isla que va a la deriva... ¿Te parece un buen inicio, chiquito?

Alzó el brazo y apuntó al cielo con la Bic.

Tragó una gran bocanada, miró al faro del Castillo de los Tres Reyes del Morro y se dio unos golpecitos en el pecho.

Entonces comenzó a escribir.

Ahmed Echevarría
LaHabana 74

THE REVOLUTION EVENING POST

THE REVOLUTION EVENING POST



THE REVOLUTION EVENING POST